

TERROR

R

UN MONSTRUO EN EL CEREBRO

Mortimer
Cody





Terror

© MORTIMER CODY
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)
Publicación semanal
Aparece los viernes.

Printed in Spain

D.L.M. 23.077-73
ISBN 84-04-01711-5

GRÁFICAS LORMO Isabel Méndez 15 – MADRID 18

UN MONSTRUO EN EL CEREBRO

MORTIMER CODY

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)
España

Capítulo 1

E

N aquellos momentos, ya casi las nueve de la noche, miss Francis Lytton estaba sola en su piso en Nueva York, en la calle 36 Este, de Manhattan. A solas, Francis solía aburrirse mortalmente; de ahí que recurriese a lo convencional: un cigarrillo, un poco de whisky, la televisión...

En aquellos instantes, Francis, estremecida, estaba prestando atención a las noticias televisadas; más que a las palabras del locutor, en «off» en aquéllos momentos, Francis miraba la imagen que había aparecido en la pantalla.

Horrible. Sencillamente, horrible.

Francis nunca había visto un rostro como aquel; casi ni parecía humano...

—...son cuatro los crímenes cometidos por el hombre cuyo rostro ven en la pantalla. Lo único que usa para matar son sus manos; estrangula con asombrosa facilidad, por lo que se le atribuye una fuerza física anormal. Por otra parte, la anormalidad mental de ese hombre salta a la vista. Vean sus rasgos, muy fáciles de reconocer, y que conviene retengan. Cualquiera, en determinado momento, podría constituirse en la quinta víctima.

Francis bebió un poco.

Apenas hubo separado el vaso de los labios, cuando dos manos rodearon su cuello, por detrás.

La rigidez de Francis fue súbita; palideció intensamente, hasta dar la impresión de que se vitrificaba. Su boca, muy abierta, iba a lanzar al grito de espanto, cuando las manos la soltaron; la derecha la tapó la boca; el hombre que estaba detrás de ella, se movió y quedó de cara a Francis, sonriendo sin dejar de amordazarla y con una señal de perplejidad en su mirada.

—Soy yo, Francis...—dijo. Ella estaba aún paralizada.

Miraba con los ojos casi desorbitados a Charles.

Tras unos jadeos, con los ojos llenos de lágrimas, Francis pudo reaccionar por fin.

—Eres..., eres un bruto, Charles... Creí que iba a morir del susto...

He sido una broma muy pesada...—jadeaba. Charles pestañeaba; miró la televisión.

Fue hacia el aparato y cerró, borrando de la pantalla el rostro primitivo del estrangulador.

—La culpa la tiene la televisión —masculló—. Todo eso son mentiras, Francis; fantasías. Con algo tienen que entretener, distraer, a la gente. Sin embargo..., te pido perdón.

Francis cerró los ojos; empezó a serenarse, aunque se advertía que aún estaba molesta con Charles. Este escanció un poco más de whisky en el vaso de ella y se sirvió a sí mismo otra ración; se sentó junto a Francis y le tomó el rostro con ambas manos, para besarla en los labios. Francis, un poco fría al principio, acabó por corresponder. Por lo que fuese, Francis amaba a Charles Stedman. Bueno, existían razones; las de siempre. Stedman era un hombre atractivo; joven, con ideas...

—¿Podemos ya hablar de nosotros, Francis? —inquirió Charles. Ella asintió con movimientos de cabeza.

—Te esperaba —dijo—. No te oí entrar...

—Estabas muy absorta con esas tonterías.

—Tonterías o no. Charles, no quisiera ser la quinta víctima... Creí que tus manos me...

—Mis manos, a ti, sólo pueden acariciarte, Francis...

Ella sonrió, por fin; se miraban a los ojos. EL volvió a tomar el rostro de Francis; la besó de nuevo. Ella se acurrucó contra Charles Stedman.

—Mañana es viernes —dijo de pronto Charles Stedman—. Por tanto, fin de semana y el momento propicio para mí. ¿Preparada, Francis?

—Sí...

—¿Tienes miedo?

—No. No, no... Lo que yo debo hacer es muy sencillo. ¿O has variado en algo tus planes? —inquirió Francis.

—En nada. Todo se realizará como está convenido. Por consiguiente, mañana abandonas Nueva York. Ya sabes dónde esperarme. Y se trata de que tengas un poco de paciencia. Yo puedo tardar de tres a cuatro semanas en reunirme contigo.

—Es tanto tiempo... —suspiró Francis.

—Sólo un mes, como máximo. Y es necesario, Francis, sé que lo comprendes.

—Eso sí...

—Luego, será maravilloso... —susurró Stedman.

Francis, con una sonrisa, asentía con movimientos de cabeza.

—Me has convencido, Charles... —susurró. Y le mostró los labios.

Tras el beso, Charles se separó de ella y se irguió. Francis le miraba, interrogante su expresión.

—¿Te marchas ya? —inquirió por fin.

—Sí. Necesito estar concentrado... Esto, a pesar de todo, no es fácil, Francis. Es una decisión muy importante... —murmuró con expresión grave Charles Stedman.

—Si te arrepientes...

—¡No! Nada de eso, Francis... No, no... Yo ya he concebido la vida de otra manera... La paladeo de antemano; no sabría prescindir de las fantasías que se convertirán en realidad... Nada de arrepentimientos, Francis.

Ella se mordió el labio inferior.

—Charles..., sé que soy una mujer ambiciosa, que te exijo demasiado. Me siento culpable de...

★ ★ ★

La factoría estaba situada a seis millas al noroeste de Bronx, el más septentrional de los barrios de Nueva York. El complejo industrial de obtención de artículos de goma, caucho y amiantos, se encontraba a unas trescientas yardas de la carretera hacia Albany. Eran muchas las industrias alineadas en aquel polígono.

No había nadie en las oficinas. El portero de noche, en su cabina, estaba convencido de que se encontraba a solas. Su ronda habitual, casi siempre rutinaria, lo indicaba así; las luces apagadas, nadie en las dependencias, todo en orden...

Más no era del todo cierto.

Pero Ted, el portero, estaba tranquilo. Tenía el periódico sobre su mesita, junto al tablero de controles y timbres de la dependencia, con la centralita de teléfonos al otro lado; todo a su alcance. Un puesto cómodo, que no requería apenas esfuerzo.

Por lo visto, estaba de moda, de rabiosa actualidad, el estrangulador; el tipo de frente deprimida, superciliares bastante pronunciados y expresión de animal... Estaba allí, en el periódico; en primera página.

Por eso, Ted se sobresaltó al oír la voz:

—Buenas noches, Ted.

Tras el respingo, mirando a aquel hombre, soltó un resoplido.

—Señor Soames..., ¿aquí de nuevo? —inquirió.

—Sí. ¿Quieres abrir las luces?

—Desde luego, señor.

—Estaré en mi despacho sólo unos minutos; el tiempo de recoger un «dossier» con ciertos documentos. Los necesito para mañana. No todo el mundo disfruta de los fines de semana, Ted.

—Ya veo, señor.

Sin más, míster Soames, el socio ejecutivo de la firma, echó a andar hacia el ascensor.

Con su pasito menudo llegó hasta la puerta del despacho y abrió. Entró y accionó el interruptor. Lo primero que vio fue la caja fuerte abierta; frunció el ceño, grisáceo, como el cabello. Permaneció quieto,

como desconcertado. Era obvio que aquel descuido no era cosa suya... Y aún tardó unos segundos en comprender de qué se trataba; no de un descuido personal; en absoluto. Alguien había robado...

Antes de moverse, oyó el rumor, a su izquierda y detrás. Giró.

No disimuló su sorpresa, su desconcierto. A pesar de que a primera vista, incluso resultaba un poco difícil reconocer a aquel hombre que estaba ante él. Era difícil reconocer a Charles Stedman, con el rostro desfigurado por el miedo; un rostro palidísimo, húmedo de sudor, con los ojos enrojecidos, saltones...

—Stedman... ¿Qué hace aquí? ¿Qué significa esto?

Míster Soames miró aquel objeto que Stedman sujetaba con ambas manos. Era un palo de golf.

—Stedman... ¿qué ha hecho? Voy a llamar a Ted y usted tendrá que...

El señor Soames parecía no entender el peligro; la expresión de Stedman, expresión desesperada, debió darle a entender el riesgo de aquel momento. Por otra parte, quizá el señor Soames carecía de los suficientes reflejos. Cuando el «driving iron» silbó cortando el aire, el señor Soames no supo esquivarlo, no supo apartarse...

Aturdido, con la frente llena de sangre, el señor Soames, con un ronco grito en su garganta, inició el retroceso, tambaleante.

Stedman no vaciló; no podía vacilar... Míster Soames gritaría, alborotaría; podría llegar hasta la alarma. De ahí que Stedman se lanzara contra aquel hombrecillo cano y atildado, lanzando tremendos golpes de «driving iron», mientras que la cabeza del señor Soames hacía las veces de quebradiza pelota. El segundo golpe le alcanzó sólo de refilón, pero el tercero le dio en la sien.

El señor Soames, cerrados los ojos, con el rostro lleno de sangre, cayó al suelo, muy cerca de la caja fuerte.

Dos pasos largos condujeron a Stedman junto a míster Soames; le parecía que respiraba, que vivía; se resistía a morir aquel maldito hombrecillo. Stedman, perdida la serenidad, destrozó prácticamente la cabeza del señor Soames a golpes de «driving iron». Y jadeando, inyectados los ojos en sangre, miraba con expresión de acorralamiento en torno. Le parecía que alguien corría por el pasillo; le pareció oír la alarma... Creía ver llegar media docena de policías, que le atrapaban...

Tiró el «driving iron». Ni siquiera tenía por qué molestarse en borrar las huellas, porque la Policía sabría que el ladrón era la misma persona que el brutal asesino de míster Soames. Un crimen no calculado; un crimen producido por la mala fortuna... ¡Míster Soames no tenía por qué estar allí!

Una cosa era un robo en la empresa, con abuso de confianza, y otra muy distinta la complicación con un crimen...

Saldría por la puerta lateral, casi a espaldas de Ted. Una puerta-

pasillo hacia la fábrica. Allí estaba oscuro, con humo, polvo, malos olores...

Tenía el coche en un lugar que lo camuflaba magníficamente; se trataba de una especie de cementerio de autos; no legalizado, pero donde mucha gente dejaba su ruinoso vehículo.

Ya estaba en el auto; tiró la bolsa atrás, bajo los asientos traseros. Muy nervioso, dio marcha, aún sin luces. Se dio cuenta, de pronto, de que si no se serenaba podía estrellarse. Cerró los ojos, empezó a acompasar la respiración...

En marcha.

Fue media hora más tarde; la radio:

—...y su coche es un «Pontiac» azul del 70. Las patrullas bloquean las carreteras, tratando de impedir la salida del Estado al asesino. Les mantendremos informados.

Stedman apretó los labios.

Bien. Perfecto. Pues iba a cambiar de auto. Eso era lo que tenía que hacer; en la primera oportunidad...

Capítulo 2

A

QUELLA primavera resultaba bastante gris, deprimente. La playa parecía también de un gris sucio; una playa solitaria, de aguas removidas, con olas bastante altas que rompían continuamente con fuerte rumor.

La playa de Warsaw era bastante extensa; había rocas y bloques artificiales, formando ensenada, al final de la playa; un paseo marítimo un poco destartalado y triste, en especial en las tardes grises de invierno y de aquella insípida primavera.

No obstante, Francis Lytton no podía elegir. Sus paseos, sus únicos paseos, debían ser por la solitaria playa, que estaba muy cerca de la pensión en que vivía, en Warsaw.

Francis Lytton, en vista de que empezaba a oscurecer, decidió regresar a la pensión.

Entró en la pensión, se quitó la capucha y sacudió la cabeza. Como siempre, en el rincón del vestíbulo, estaba *mistress* Doyle, con sus rápidas y habilidosas manos ocupadas en labor de ganchillo. Una mujer de unos cincuenta años, delgadita pero enérgica, que la miró por encima de las gafas, cuya montura quedó en la punta de la nariz.

—¿De vuelta, *miss* Lytton?

—Sí, ya oscurece...

—Cenaremos dentro de media hora, *miss* Lytton.

—Sí, ya sé...

Francis seguía quieta, no se iba. La señora Doyle volvió a mirarla y meneó la cabeza.

—¿Ya ni se atreve a preguntar, *miss* Lytton? —inquirió.

—Lo confieso... No me atrevo —susurró Francis.

—La comprendo. Y lo siento. Pero... tampoco hoy ha llegado recado alguno para usted —dijo la señora Doyle.

Francis asintió con movimientos de cabeza. Dijo.

—Iré a cambiarme para la cena...

Y se alejó, con paso lento, bastante cansino. Seguía siendo una mujer impresionante; un cuerpo elástico, hermoso, de formas bien pronunciadas; resaltando sus muslos, visibles en parte por la corta falda. Subía con lentitud las escaleras, e instantes más tarde se metía en su cuarto, en el primer piso de la pensión. Encendió la luz y lo primero que hizo a continuación fue cerciorarse de que la ventana, con vistas al

paseo y a la playa, estaba bien cerrada. Dejó el impermeable y empezó a desnudarse ante el tocador.

Llevaba allí treinta y ocho días exactamente. Treinta y ocho días desesperantes...

Y sin noticias de Charles; nada. Ni una palabra, ni una señal de vida.

Las dudas de Francis eran una tortura. Ella sabía que había sido todo descubierto antes del tiempo previsto; la noticia se difundió por todo el país; el robo de trescientos mil dólares y el asesinato de *míster* Soames. Los diez primeros días, los periódicos, la radio, la televisión, se habían ocupado del caso. Luego, silencio. El más denso silencio al respecto. Como si aquello hubiese quedado en el olvido.

Fue a sentarse al borde del lecho, y encendió un cigarrillo.

Sólo faltaba que el primitivo estrangulador hubiese aparecido tan cerca de aquel maldito pueblo...

Francis estaba en vilo, en tensión... Vivía llena de angustia, de dudas...

Sin Charles, sin noticias, sin dinero, y cerca del estrangulador...

Y el viento aullando; el viento era maldito, cuando soplaba por las noches; y ocurría a menudo...

Acabó de ceñirse la bata, cuando oyó una llamada bastante excitada en la puerta, y la voz de la señora Doyle:

—¡*Miss* Lytton...! ¡La llaman al teléfono, *miss* Lytton! ¡Corra! Francis quedó muy quieta, hinchado el busto, cerrados los ojos, con un suspiro contenido.

Por fin... ¡Por fin!

—Gracias... Gracias, señora Doyle. Bajo ahora mismo.

Bajó las escaleras casi volando, en contraste con la forma de subir las poco antes, con mucha pesadez en sus movimientos. Y a los pocos segundos, Francis estaba agarrada al teléfono, junto a tablero de recepción. Antes de hablar, Francis, sin embargo, miró a la señora Doyle, que estaba arriba. La señora Doyle captó el significado de aquella mirada y con toda discreción, se esfumó; ella tenía que hacer en la cocina.

Ya a solas, Francis habló, con voz contenida, un poco temblorosa:

—Charles... Charles, ¿eres tú? Por fin...

—«Francis... —se oyó el susurro de Stedman.

—¿Qué ocurrió? ¿Cómo estás, Charles? He..., he estado al corriente de todo, pero sólo fue los primeros días. Luego..., se ha hecho el silencio. ¿Dónde estás y cómo estás, Charles? Esta incertidumbre iba a volverme loca... ¿Por qué has tardado tanto en llamarme?

Fue un aluvión de preguntas; entre reproches, desahogo..., entre resuellos entrecortados de Francis, que cedía a la tensión de todos aquellos negros días.

—Charles, di algo... —gimió, ante el silencio de Stedman.

—Hubo... dificultades...

—Ya lo sé, te lo he dicho, ¿Estás en peligro? ¿Estás...?

—No. No, no..., por ahora...

—¿Cuándo me sacarás de aquí? ¿Cuándo nos vamos? —inquirió ella.

—Bien...

—Por favor, Charles, no puedo más... Ya sé que no es momento de hablarte de todo esto, pero..., he pasado tanto miedo... ¡Sólo faltaba ese loco estrangulador...! Está por esta zona... Charles, no puedo más... No puedo más —casi sollozó.

—Sólo te pido un poco más de paciencia, Francis...

—Pero..., ¿por qué? ¿Por qué, Charles? ¿Qué sucede?

—Es... un poco largo y difícil de explicar...

—¡Quiero saberlo!

—Confía en mí, Francis, y yo también me volveré loco. Francis pestañeó.

Reconoció un claro timbre de angustia en la voz de Charles.

—Está bien... —musitó—. Pero quisiera saber qué sucede... Y tengo otro problema, Charles: se me agota el dinero. Tres días más en la pensión es lo máximo que puedo aguantar... Ayúdame por lo menos en ese sentido. Y..., quiero verte; necesito verte... Estoy segura de que lo comprendes.

—Lo comprendo, Francis. Pero..., no puede ser ahora...

—¿Cuándo, entonces? ¿Cuándo? Quiero saberlo, ¿Y dinero, Charles?

—Espera un poco... ¡Sólo un poco!

—¡No puedo! —exclamó Francis.

—Antes..., antes de esos tres días tendrás noticias... ¿Te basta con eso?

—Charles..., tengo mucho miedo...

—No, no temas... No temas, Francis... Y tengo que colgar; estoy en un teléfono público... Te amo, Francis...

—Charles, que sea pronto... Se cortó la comunicación.

—¿Acaso malas noticias, *miss* Lytton? —preguntó la sonora Doyle. Francis la miró.

No iba a mandarla al diablo porque quizá la necesitara...

—No son malas... —musitó—. Un poco desconcertantes, sí...

—Ya... Bueno, siento qué...

—No se preocupe, señora Doyle. En cierto modo, esta llamada significa algo bueno para mí —intentó sonreír Francis.

—Entonces, lo celebro. ¿Seguirá en la pensión?

—De momento; quizá dos o tres días más.

—La echaré de menos... Una acaba por acostumbrarse a la soledad

del invierno, pero...

No lo dijo; no obstante, quedó en el aire que sentía miedo de quedarse sola, mientras el estrangulador rondaba tan cerca. La señora Doyle acabó por esbozar una sonrisa de circunstancias, y volvió a la cocina, dejando a Francis frente a la cena; sin apetito, con el mismo nudo en la garganta, y no muy segura de si sus problemas estaban ya en vías de solución, o si, por el contrario, se complicaban.

★ ★ ★

Era la hora de cerrar aquella puerta. La señora Doyle ni siquiera tenía que esperar a *miss* Lytton, puesto que hacía dos días que ella no salía a la calle; se pasaba casi todo el tiempo en su habitación, a la espera de un nuevo aviso telefónico.

Cruzando el vestíbulo, la señora Doyle miró hacia el mudo teléfono, y suspiró. Estaba intrigada; intuía el misterio en la actitud de *miss* Lytton. Algo que la llenaba de curiosidad, pero había que armarse de paciencia. Estaba convencida de que eran inútiles las preguntas directas, y la señora Doyle sabía por experiencia que las cosas acaban por saberse, por descubrirse.

Sólo eso; un poco de paciencia.

Iba a cerrar la puerta, cuando alguien, desde el exterior, empujaba, impidiéndolo.

La señora Doyle, de momento, pareció no entender que había una resistencia en el exterior; tuvo noción de ello cuando la puerta fue empujada con mayor violencia, hasta el punto de que retrocedió un par de pasos. Y, de pronto, apareció aquella figura en la puerta; un hombre que tras penetrar en el vestíbulo, cerraba a su espalda, mirando con fijeza a la señora Doyle.

Y la señora Doyle, al principio, emitió como un silbido ronco...

Y el grito de la señora Doyle, por fin, brotó. Un grito largo, agudo, que parecía no ir a terminar nunca...

La acometió el terror.

Su cuerpo delgado empezó a temblar; su boca estaba abierta, pero ya no parecía capaz de emitir sonido alguno.

Llegó la voz desde arriba, desde el descansillo del tramo de escaleras.

—¡Señora Doyle! ¡Señora Doyle! ¿Qué ocurre? El hombre de rostro salvaje miró hacia lo alto.

Como una estatua, como un fósil, con color hueso viejo en el rostro y el pecho detenido por el miedo, estaba Francis.

Ella retrocedió.

El hombre dio dos pasos hacia las escaleras.

Francis, con toda la fuerza recobrada de sus pulmones, gritó, y echó

a correr. Desde abajo, se oyó con claridad el sonido de la puerta al cerrarse, Y más gritos... Tal vez Francis se asomaba a la ventana gritando...

El hombre dio otros dos pasos hacia las escaleras, pero giró, al oír unos jadeos, cierto movimiento... Vio a la señora Doyle aferrada al mostrador, y a punto de alcanzar el teléfono, aunque su mano era pura gelatina temblorosa.

El hombre, con los ojos enrojecidos por la ira, se abalanzó hacia la señora Doyle, apartando primero, de un manotazo, el teléfono. La desdichada trató de huir, pero lo único que consiguió fue caer en manos de aquel hombre, mientras los gritos de Francis, que debía estar asomada a la ventana, eran muy audibles.

Como un pez fuera del agua, a la desesperada, la señora Doyle trataba de huir; con gemidos, con los ojos saltones y anegados en llanto.

El hombre, como desconcertado, bajo un acceso de furor, agarró el cuello de la señora Doyle, y empezó a golpearle la coronilla contra el tablero de recepción. Fueron unos golpes violentos, repetidos, feroces... Asestados con rapidez, haciendo saltar mechones de cabello gris de aquella mujer; salpicaba la sangre...

La dejó caer al suelo; ella, con ojos sin vida, le miraba...

El hombre iba a dirigirse hacia la puerta, pero pareció pensar algo, si es que en aquella frente apenas existente tenía cabida algún pensamiento; quizá sí, puesto que en lugar de salir por la puerta, echó a correr hacia el interior de la pensión. Desapareció por las interioridades.

Mientras, en su habitación, asomada a la ventana, con medio cuerpo por fuera, Francis estaba gritando a..., a nada; al viento, a la cortina de lluvia que caía con fuerza en aquellos momentos; a aquella tormenta de primavera que encrespaba el mar, que levantaba mil rumores furiosos. Hasta se empapó la cabeza de agua de lluvia; el cabello rubio se oscureció, se pegó a su cráneo; no veía ni sombras...

Volvió al interior del cuarto, mirando hacia la puerta.

¿Cuándo sonarían los golpes que podían derribarla...?

¡¿Cuándo?! Fue como un trueno en su cerebro. La pregunta, la inminencia de los hechos, fue como un estallido para la cabeza de Francis.

Penetró una ráfaga de viento y agua por la ventana. Un relámpago tiñó de morado a Francis.

Envuelta en el más negro pánico, la joven y bella Francis no encontró fuerzas para seguir en pie; se desplomó, sin sentido.

Capítulo 3

L

O sabía el tiempo que había permanecido sin sentido, pero no podía ser mucho; se sentía agarrotada, el corazón le latía con fuerza. Miraba alternativamente hacia la puerta y la ventana abierta. Parecía que la tormenta había perdido su violencia.

Y nada ocurría.

Poco después, se atrevía a dar unos pasos, a llegar al descansillo. Su mirada quedó fija en el cadáver de la señora Doyle. Lo demás, estaba solitario, silencioso, si bien la puerta de la pensión entreabierta, batía de vez en cuando, a causa de las ráfagas de viento.

Tenía que llamar a la Policía, y... ¿Estaba loca? ¿A la Policía? ¿Y qué iba a decirles? Que era Francis Lytton, la novia de Charles Stedman, ladrón y asesino, y que estaba allí esperándole... ¿Eso iba a decir a la Policía? Con el sólo hecho de llamar, estaba perdida; le pedirían identificación, y mil explicaciones que no podía dar...

Completamente aturdida, Francis, en pie en el rellano, mirando el cadáver, no sabía qué hacer consigo misma en aquellas circunstancias.

Podía irse... ¡Podía huir de allí! Pero, entonces, se alejaba de Charles... Charles le perdía la pista. Además, ¿adónde ir, con sólo unos dólares en el bolsillo? La buscaría la Policía, si se fugaba de la pensión. No obstante, ¿acaso no la buscaban ya?

La idea brotó, por fin.

No iba a avisar a nadie, no diría una palabra. Iba a huir, pero no con las manos vacías... Muy excitada por aquella solución a la vista, temblando de miedo, pese a estar sola en la pensión, Francis bajó; casi corrió, hacia los interiores de la pensión. Abajo, en una habitación amplia, que recibía el sol de la tarde en los inviernos, dormía la señora Doyle, y allí podía haber algo de lo que le interesaba a Francis.

Se metió en el cuarto de la señora Doyle y encendió la luz.

Miró en torno. No quería dejar nada en desorden; sólo encontrar lo que necesitaba... En el canterano; sí, allí podía estar... La llave estaba colocada en la cerradura, y Francis sólo tuvo que dar la vuelta y bajar la tapa del canterano.

Aquellos cajoncitos...

¡Sí, allí estaba...! En un cajón, unos fajos de billetes, bien ordenados. No había gran cosa; una pobre recaudación... Pero pasaban de los doscientos dólares, y Francis, sin titubeo alguno, los tomó.

Aquello podía paliar su problema; además, cambiaría de nombre...

Claro que quedaba lo de Charles... Bien, ya se las ingeniaría. En todo caso, que Charles la buscara también. Sí, se buscarían.

El hombre estaba sentado en un banco de Confederate Park. En Savannah, Georgia. La mañana era tibia, con el sol en un cielo que, por fin, parecía que iba a verse limpio de nubes.

El hombre tenía un periódico en las manos. Aún se hablaba de lo ocurrido en una pensión de Warsaw, y prácticamente todo eran especulaciones, si bien se sugería, casi se afirmaba, que la autora del crimen era *miss* Francis Lytton, que había desaparecido. No se había encontrado dinero en la pensión, por lo que a *miss* Lytton, además, se la culpaba de robo.

Aquel hombre había leído muchas cosas en el periódico; casi todo. Parecía muy absorto en sus pensamientos. Incluso, tras mucho meditar, el hombre había recortado con los dedos un diminuto anuncio, que, simplemente decía: «Charly, llama al 231-009».

Tras guardar el pequeño recorte en el bolsillo de la chaqueta, el hombre se puso en pie. Era un tipo casi viejo, pero bastante apuesto aún; parecía fuerte. Un hombre que llevaba una bien cortada barba gris; muy cuidada. Su cabello, abundante, largo hasta la nuca, era también gris, como sus cejas, quizá un poco pronunciadas.

Caminó hasta Carver Drive; buscaba el número 3066. Tardó unos quince minutos en dar con él.

Había que llamar a la puerta de verja; se tiraba de una cadenita. Esperó, con toda calma, la aparición de una mujer; una criada, con expresión de ama absoluta. Una mujer bordeando los cincuenta años, delgada, sobria, con ojos inquisidores, y limpísima, que miró analíticamente, con gran sentido crítico, a aquel hombre.

—¿Señor? —inquirió, por fin, la mujer.

—Buenos días. Venía por lo del periódico... —lo extrajo del bolsillo, mostrando el anuncio a aquella mujer.

—Sí. Haga el favor de pasar, señor —dijo ella—. ¿Su nombre?

—Stevens... George Stevens.

—Sígame.

El tal Stevens seguía a aquella mujer. Stevens deducía que se trataba de una ama de llaves; se advertía, a primera vista, un carácter dominante, autoritario. Una mujer delgada, espigada, pero toda mala intención.

—Pase, Stevens —dijo aquella mujer.

Un gran vestíbulo, donde nacían las escaleras.

Había hogar, tresillo, decoración abundante; daba, por lo visto, a

dos salas, con vidrieras; y una de ellas daría a la terraza principal.

Aquella mujer desapareció en una de las salas; tardó casi diez minutos en aparecer de nuevo, dirigiéndose hacia Stevens.

—¿He llegado tarde? —inquirió Stevens.

—No sé. Pase. Le recibirá la señora Wilshaw. Hablará con ella. Pasó a la sala; al fondo, donde había instalada una importante biblioteca, estaba la señora Wilshaw. Al verla, aún sentada tras el escritorio, recargado, antiguo, pesado, Stevens apenas pudo dominar su sorpresa. Stevens esperaba encontrar una rancia dama entrada en años, con un noble cabello blanco, quizá impertinentes para mirarle, y un carácter agrio, duro...

Por el contrario, la señora Wilshaw era joven; treinta años escasos. Pelirroja, con un rostro ovalado, de belleza quizá demasiado perfecta, y grandes ojos verdes. La dama sonreía. Invitaba con aquella sonrisa amable. Su voz resultó bien modulada, culta, con un agradable tono grave, sin restarle en absoluto feminidad:

—Siéntese, Stevens.

Stevens lo hizo, al parecer, un poco cohibido.

—Venía por lo del periódico, señora Wilshaw... —dijo.

—Lo celebro. Stevens, en el periódico indicábamos las condiciones económicas...

—Sí. Puesto que estoy aquí, interesan, señora Wilshaw. Lo que no indica el anuncio es la clase de trabajo. Doméstico, sí, pero..., sin concretar.

—En efecto. El trabajo es un poco delicado. Stevens. Se trata de cuidar a un enfermo...

—No soy enfermero, señora. Apenas conozco rudimentos de...

—No, no. No se trata de cuidarle, en ese sentido. Verá... —la señora Wilshaw vaciló unos instantes; buscaba el modo de enfocar la explicación. Prosiguió—: Es un enfermo bastante difícil; díscolo. Usted, de aceptar, debe granjearse su simpatía, tratarle con sumo cuidado, con tacto; incluso con... cariño. Usted le acostará, le levantará, le ayudará a vestirse... Tendrá que enseñarle muchas cosas, Stevens. Usted, en la práctica, estará al servicio exclusivo del enfermo.

Stevens parecía algo perplejo, pero lo mostraba con mucha discreción.

—¿Se trata de un niño, señora Wilshaw?—inquirió.

—No... Por supuesto, le conocerá de inmediato... Es un muchacho... Tiene veinticuatro años.

Stevens, con su actitud, daba a entender que no comprendía muy bien.

La señora Wilshaw le miraba con fijeza. Dijo:

—Ese muchacho convive, de continuo, con un doctor...

—¿También tendría que servir al doctor?

—Pues sí...

Stevens vacilaba aún.

Se había hecho el silencio en la sala.

Fue cuando se percibían unas notas musicales; piano. Llegaban de la sala contigua. Unas notas... groseras; sin sentido, sin concierto. Unas notas que fueron creciendo de tono hasta que, de súbito, se convirtieron en una disonancia total; el piano, a juzgar por lo que ocurría, era... pisoteado. Tras aquella algarabía de notas graves y agudas, se oyeron unos gruñidos, alguien ordenaba... Voces, gruñidos, rumores...

Stevens miró a la señora Wilshaw. Esta murmuró:

—Se trata de un anormal, Stevens. Lo habrá comprendido ya. Un retrasado mental. Puede aceptar o desistir.

Stevens se humedeció los labios.

—Ha habido otros solicitantes antes que yo, ¿verdad, señora Wilshaw? —inquirió, de pronto.

—Sí. Lo confieso —dijo ella, mirándole a los ojos.

—No han aceptado, claro...

—No.

Stevens reflexionó unos instantes. Había cesado todo rumor en la sala contigua. Renacía la calma en la magnífica villa.

—Voy a aceptar, señora Wilshaw —dijo, por fin.

★ ★ ★

Era muy extraña la expresión de Stevens, mientras contemplaba a aquel muchacho de veinticuatro años. Un auténtico tarado mental, llamado Michael.

Estaba sentado, mirando en todas direcciones, con una inquietud, con una angustia, a veces, indescriptible. En otras ocasiones, de su garganta escapaba un gruñido fiero... Y miraba al doctor Brooke. Este parecía hipnotizarle.

El doctor Brooke era quien hablaba en aquellos momentos. Un hombre de treinta y ocho años, delgado, pero muy erguido, viril; elegantísimo, de cuidados ademanes. Decía:

—...y ahora, Michael tiene que descansar. Es la hora de su siesta, Stevens. Métale en la cama. Le recuerdo que debe tratarle con simpatía, con cariño. Conviértase en su amigo. Por supuesto, si surge alguna dificultad, avíseme de inmediato.

—Bien, doctor —murmuró Stevens. Miró luego a Michael.

Pareció vacilar, pero acabó preguntando:

—¿No hay más servicio en la villa, señora Wilshaw?

—No. Usted y Gladys —dijo ella, un poco secamente.

—Bien...

Stevens caminó hacia Michael; le miró a los ojos. Michael ni le miraba; le rehuía. Stevens, entonces, dio un tono amable, persuasivo, a su voz:

—Tienes que venir conmigo, Michael. ¿De acuerdo?

La respuesta fue un gruñido, y una demostración de blancos y puntiagudos colmillos. Stevens no pareció asustarse por ello, ante el alivio de la señora Wilshaw, que estaba atenta a lo que sucedía. Sin embargo, tuvo que intervenir el doctor Brooke, para que Michael, con expresión un poco temerosa, obedeciera a Stevens. Este y Michael salieron de la sala-biblioteca.

Cuando hubieron salido, la señora Wilshaw inclinó tanto la cabeza, que su frente tersa, blanca, llegó a tocar la mesa. Y quedó allí unos instantes, sumida en una serie de ideas que parecían tenerla en vilo, en tensión continua.

Notó una mano acariciándole los cabellos; levantó por fin la cabeza, mirando al doctor Brooke a los ojos.

—Dan... —musitó—. ¿Cómo acabará esto?

—Bien.

—Pareces tan seguro...

—Lo estoy, Donna. Confía en mí.

—¿Y cuándo acabará?

—Pronto. Muy pronto.

—Dime... ¿Crees que he acertado con Stevens? Me pareció el hombre ideal.

—Por lo pronto, Stevens no me ha decepcionado. Veremos si resulta bien; yo lo espero, Donna. Ya sabes que no te engañé: el trabajo es duro. No puedo realizarlo solo... De otro modo, no necesitaríamos esta colaboración, de Stevens, que... podría comprometemos...

Capítulo 4

C

UANDO Stevens llegó al vestíbulo, procedente del piso, se encontró con la señora Wilshaw. Esta se detuvo, interrogando a Stevens con la mirada.

—Está durmiendo ahora, señora Wilshaw —dijo Stevens.

—¿Ha tenido dificultades?

—Menos de las previstas —dijo Stevens, permitiéndose una breve y fugaz sonrisa.

—Lo celebro...

—¿Y el doctor? —inquirió Stevens.

—Está trabajando en su cuarto. El doctor Brooke está preparando programas especiales... No sé si me comprende, Stevens. Michael necesita un cuidado especial, una enseñanza especial... Todo ha de ser cuidadosamente preparado, ateniéndose a su mínimo grado de inteligencia... El doctor Brooke es un buen siquiatra y psicólogo.

—¿Le enseña... música? Oímos el piano esta mañana...

—Parece ser que es conveniente.

—Bien... Señora Wilshaw, aprovechando este momento, podría salir. Sólo a la estación, en busca de mi maleta.

—Vaya, Stevens. No tarde demasiado.

—Descuide, señora.

Poco más tarde, Stevens descendía de un «bus» urbano, en el centro de Savannah. En Georgia Square; una plaza irregular, en la que desembocan cinco retorcidas calles, muy abigarradas, y de las cuales la humedad del puerto no desaparece jamás. Stevens tomó una de ellas, Milton Street, y caminó por la acera, confundido con la gente que transitaba. Sabía que en Milton Street encontraría lo que buscaba. En efecto, allí estaba la tienda, de entrada casi mísera, pero muy conveniente para Stevens.

Penetró en la tienda, y salió de allí con una maleta usada, en cuyo interior había algunas prendas; otra chaqueta, también usada, como pantalones, ropa interior, un viejo par de zapatos... En total, una inversión de treinta y seis dólares.

Con la maleta en la mano, salió de la tienda, en dirección a Georgia Square. En una punta, un muchacho voceaba el «Chronicle of Savannah», y adquirió un ejemplar. Dejó la maleta en el suelo, y echó un vistazo al periódico.

Había un artículo sobre lo ocurrido en la pensión de Warsaw, y el periodista, sin duda, bastante avisado, exponía una serie de teorías, tendientes a demostrar que lo de la pensión no se debía al estrangulador. Nada indicaba que debía achacársele el crimen al sicópata, puesto que la señora Doyle había muerto golpeada, y el sicópata utilizaba otros métodos. Hacía hincapié en la culpabilidad de *miss Francis Lytton*, que había huido con dinero, además...

Stevens buscó más en el periódico.

Allí había una noticia, más bien corta, con poca: resonancia... El suceso había tenido lugar en Warsaw también; un desconocido había penetrado en una tienda de ropas y artículos diversos; sorprendió al dueño del establecimiento, y robó unos cientos de dólares...

Stevens dobló el periódico, y caminó; a su paso, halló una papelería, y dejó allí el ejemplar. Seguidamente, fue en busca de una cabina telefónica. Introdujo unas monedas en la ranura, y marcó un número: el 231-099.

Llegó la respuesta, tras una espera de casi medio minuto. Una voz apagada, extraña:

—¿Sí?

—Soy Charly —dijo.

Percibió el lapso de silencio; luego, aquel sollozo mal contenido.

—Charles... Charles, eres tú... Creí que no lo conseguiría; pensé que todo estaba perdido...

—Cálmate, Francis. Todo estriba en que mantengas la serenidad.

Te lo ruego,

—¡Quiero huir...! ¡Quiero salir de aquí...!

—Lo sé, lo comprendo, Francis. Yo..., yo quisiera decirte algo... Algo muy importante... —casi le falló la voz a Charles Stedman—. Pero no es momento. Vayamos a lo positivo, Francis: ¿Dónde estás? ¿Cómo estás?

—Es horrible... Vivo en una buhardilla... Huelo a infiernos; las ratas pasean sobre mí por las noches... —decía, con una nota histérica en su voz, Francis—. Me hago llamar señora Mellon, y..., y tengo algún dinero... Tú no sabes, Charles... Allá, en la pensión, el estrangulador...

—Dejemos eso, Francis. A lo nuestro. Digamos entonces que dado tu cambio de nombre, el hecho de que resultes desconocida, te permite cierta libertad de movimientos.

—Bien..., pero no me atrevo a salir..., a alejarme de aquí...

—Tendrás que salir, Francis. Te necesito. Y no creo que hayas de ir muy lejos. ¿Me escuchas con atención?

—Quiero verte, Charles. Ven.

—Primero, escúchame. Yo..., estoy caracterizado ahora, Francis. Los motivos son fáciles de imaginar. Presta atención: tienes que salir, y buscar en anuarios, o en el «¿Quién es quién?», o incluso haciendo

preguntas directas, pero con toda discreción... Se trata de la familia Wilshaw. Repito: Wilshaw.

—Pero..., ¿qué tiene que ver...?

—No me interrumpas. Lo que debes hacer es averiguar todo lo posible sobre ese apellido. Los Wilshaw. Es sencillo, Francis. Recopila datos sobre ellos, y luego sólo tienes que esperar mi llamada. Espero comunicar de nuevo contigo mañana, y me pones al corriente de lo que hayas averiguado. Francis..., te felicito por tu idea de poner ese anuncio en el periódico...

—No sabía qué hacer, estaba desesperada...

—Lo siento, querida. Se torcieron las cosas...

—Pero..., ¿qué ocurrió, Charles? ¿Qué? Me destrozó el cerebro sin lograr entenderlo...

—Ya te dije que es difícil de explicar; y largo. Te llamaré mañana,

—Ven a verme. Charles. Sólo cuando te vea recuperaré fuerzas...

—No estoy seguro de poder. Francis..., ¿no quieres comprenderlo? Yo también te necesito, pero hay que saber esperar...

—¿Y si lo arrojo todo por la borda, Charles? ¿Y si me presento a la Policía, y acabo de una vez con esta angustia?

—Francis..., ni lo pienses... Nos hundiríamos cuando empiezo a recuperar terreno... Ya te explicaré. Si..., si pudiera, iría a verte. Dame las señas exactas.

—El 96 de la calle South. Y ven. Ven, Charles. Será mejor para los dos.

—¡Francis, serénate! Eso es lo más importante. Hasta mañana. Y colgó el teléfono.

Salió de la cabina con una pátina húmeda en la frente; cargado con la maleta, echó a andar hacia la parada del «bus», que le dejaría en la zona residencial.

★ ★ ★

La cena había sido un infierno. Había algo en ello de siniestro. Siniestro, mordaz; hasta... cruel. Al tarado lo habían sentado en la mesa del comedor, perfectamente preparada por Gladys, el ama de llaves. Había que enseñar a Michael a comer, sin usar los dedos, y sin triturar ruidosamente los alimentos. Un infierno. Un siniestro infierno. El pobre tarado estaba en plena tortura.

Además, Stevens había descubierto otra cosa: cuando Michael mostraba los colmillos, con aquella salvaje mueca de ferocidad, el doctor Brooke, con un sencillísimo procedimiento, lo atemorizaba. Algo tan simple como una linterna de campaña, que emitía destellos rojos intermitentes, y cuya luz el doctor Brooke hacía incidir en los ojos de Michael, que se convertía en un animalillo lleno de terror.

Aquella fue la primera cena de Stevens en la sala de los Wilshaw: sórdida.

Ya al terminar, la señora Wilshaw, con apariencia un tanto cohibida, se dirigió a Stevens:

—Quizá sea abusar de usted, Stevens... —empezó.

—¿A qué se refiere, señora Wilshaw? —inquirió el falso Stevens.

—No sé cómo pedirselo... Sin embargo, le anticipo que... podremos negociar luego sobre un sueldo más de acuerdo con las exigencias... —vacilaba la señora Wilshaw.

—No he pedido nada, señora Wilshaw. Acepté lo...

—Ya sé, ya sé... Sin embargo, ya conoce a Michael. Stevens: ¿podría dormir en la habitación de Michael? Temo que...

—Dígalo, señora Wilshaw: teme que Michael escape —dijo Charles Stedman.

—Sí.

Stedman miró a Michael, que no tenía noción de lo que le rodeaba.

—¿Y bien, Stevens? ¿Qué dice? Le agregaría doscientos dólares al sueldo convenido.

—Me interesa. Trabajo por dinero, es obvio, señora Wilshaw. Me quedaré en el cuarto, con Michael. Sólo que..., he visto que el doctor influye sobre él con la linterna...

Intervino el doctor Brooke:

—Pensaba dársela, Stevens —dijo—. Usted es hombre de confianza, por lo que veo.

Stevens, sin más comentarios se puso en pie, y tomó la linterna que le tendía el doctor Brooke. Michael, al ver que la linterna, el objeto de mágico dominio, pasaba a manos de Charles Stedman, entregó a éste su atención. Ya no le quitó la mirada de encima.

En cuanto a la señora Wilshaw, tenía algo que averiguar, y quería hacerlo de un modo discreto.

—Stevens... —murmuró, Stedman la miró.

—¿Sí, señora Wilshaw?

—Todo esto le parecerá extraño... ¿No es así? Podríamos mandar a Michael a un Centro especializado...

—Lo he pensado.

—Es natural... Usted parece inteligente, Stevens. Por esa misma razón, porque me parece un hombre inteligente, quiero rogarle algo: sea discreto. No hable de Michael con nadie. No explique a su esposa, o a su familia...

—No tema; seré discreto.

—Gracias de nuevo, Stevens.

Poco después, el sicópata, con Stedman, se metía en la habitación, en el dormitorio.

Una vez a solas en la habitación, Stedman miró a Michael, que

esperaba órdenes. Stedman, no obstante, se fue acercando a él. Le miraba de un modo muy extraño. Stedman, al parecer, algunas cosas no las comprendía aún.

—Michael..., tú y yo vamos a ser grandes amigos, Amigos, ¿comprendes? A ver si puedes repetirlo: amigos.

Michael le miraba con mucha atención.

Su boca se abría, mostrando los colmillos; brotaron unos sonidos guturales, roncacos, ininteligibles.

Stedman se echó a reír; irónica, brevemente. Dijo:

—Bueno, ya volveremos a intentarlo, muchacho. Ahora, quítate las ropas, y métete en cama. Con cuidado, ¿eh?

Consiguió, diez minutos más tarde, que Michael estuviese en la cama; destapado, y sin dejar de mirarle con molesta fijeza. Una fijeza que podía incluso infundir miedo. Por si acaso, Stedman no se separaba de la linterna.

Dejó sólo la luz de la lámpara de tocador, y quedó frente al espejo, mirándose. Dejó de prestar atención a Michael, para mirar su rostro, con aquella barba gris, la peluca... Despacio, con mano ligeramente temblorosa, Stedman se tocaba el rostro. Despegó la barba, y luego la peluca.

Stedman se miraba al espejo. Sudando.

Se abrían sus poros.

Veía aquel rostro primitivo, de frente deprimida y boca cruel; aquella expresión sin un mínimo de humanidad... El nacimiento del cuero cabelludo y las cejas casi se juntaban... Y así, con mano llena de temblor. Charles Stedman tocaba aquel rostro; el suyo... ¿El suyo? Sí; al tocar la piel, lo notaba... Y si se pellizcaba; y si quería arrancarse aquellas cejas salientes...

Hasta cerró los ojos; quedó quieto, frente al espejo; abatido, acongojado, con escalofríos intermitentes.

Abrió los ojos, por fin. Vio a Michael a través del espejo. El tarado le miraba con algo nuevo en sus ojos. Stedman giró, y esbozó la sonrisa que existía en su mente, en su cerebro apresado. La horrible mueca no parecía impresionar a Michael. Stedman se acercaba despacio a él. Quedó junto al lecho.

—¿Qué habrá en tu cerebro, idiota? —musitó Stedman—. Parece que tienes conocimiento de algo de lo que ves, ¿no es así, Michael?

Michael alargó una mano, para tocar aquel rostro. Stedman no se movió.

—Parece que, en definitiva, seremos amigos, Michael —musitó.

Michael trató, como antes, de decir algo; abría la boca, brotaban aquellos sonidos sin significado.

—No te molestes; ya nos entenderemos —gruñó Stedman—. Ahora, como un buen muchacho, duérmete. ¿Lo has comprendido?

A Stedman le importaba poco que Michael hubiese comprendido o no. Volvió hacia el tocador, para mirarse de nuevo el rostro. Hay cosas a las que un hombre no se habitúa fácilmente... Y estaba observando aquella cara, cuando de súbito, de modo inesperado, ya que no tenía noticia de que alguien hubiese de entrar allí, se abrió la puerta de la habitación.

El doctor Brooke, con una jeringa hipodérmica en la mano, entró en el cuarto, cerrando la puerta. Decía:

—Vamos a inyectar a Michael un... El doctor Brooke se interrumpió.

Vio saltar aquella silueta. Vio que aquella figura que había estado a su izquierda, ante el tocador, estaba ahora frente a él, resollando.

Brooke, con el rostro muy pálido, con la inmovilidad producto de aquella inesperada sorpresa, estaba mirando aquel rostro inhumano. Sin acertar a reaccionar.

Tampoco Stedman le dio mucho tiempo. Stedman, furioso, entendiendo que aquel descubrimiento podía alterar sus planes, se lanzó contra el doctor Brooke antes de que éste consiguiera despegar los labios, lanzar un grito de aviso, o moverse, para tratar de huir, o defenderse.

Stedman, con las manos engarfiadas, logró rodear el cuello del doctor Brooke. Los pulgares de Stedman buscaban la yugular de aquel hombre; presionaban con fuerza, causando la desesperación de Brooke.

EJ sudor resbalaba por el rostro de Stedman, mientras que el del doctor Brooke empezaba a amoratarse, manifestando los primeros síntomas de asfixia. Síntomas que crecían, inexorablemente, como inexorable era la presión de los dedos de Stedman en su cuello.

Notó, por fin, que el doctor Brooke se iba deslizando; que tenía que sujetarle con fuerza para que no cayese, Aún presionó unos segundos, hasta asegurarse de que el doctor Brooke, sentado en el suelo, no era más que un cadáver con el blanco de los ojos a la vista, y el rostro congestionado por aquella muerte.

Jadeaba fuertemente, cuando miró hacia Michael.

Y Stedman tuvo que saltar sobre el sicópata, cuando éste, sin haber prestado mucha atención a lo que sucedía, se ocupaba sólo de la linterna que había sobre el tocador. Stedman le empujó con fuerza, apartándole del tocador.

Esperaba aquella reacción violenta de Michael, pero Stedman se apoderó de la linterna, y empezó a hacer funcionar el intermitente, apuntando el foco a los ojos de Michael; ojos que se enrojecían y se apagaban de acuerdo con las intermitencias. Además, Michael retrocedía, con gestos de cubrirse el rostro.

En aquel momento, con Michael prácticamente dominado, se oían golpes en la puerta de la habitación.

—¡Doctor Brooke! ¡Doctor! ¡Stevens...! Era la señora Wilshaw.

Stedman, tras pestañear, vacilando, corrió hacia el tocador, y se colocó la barba y la peluca, con lo que recuperó un aspecto normal, con frente postiza incluida. No obstante, sin abrir, se acercaba a la puerta, mientras que la señora Wilshaw insistía:

—¡Doctor! ¡Stevens...! ¿Qué ocurre? Stedman llegó junto a la puerta, y dijo:

—Algo horrible..., horrible, señora Wilshaw...

—Abra... Abra, Stevens...

—Bien... No sé si es conveniente que vea...

—¡Se lo ruego, abra! ¡Se lo ordeno!

Stedman, entonces, dejó transcurrir unos segundos. Empezó a abrir la puerta, y la señora Wilshaw entró en el cuarto. Tal vez no esperaba aquel espectáculo... Quedó con la vista fija en el cadáver del doctor Brooke; su expresión era la de quien cree hallarse ante una pesadilla. Y negaba con movimientos de cabeza.

Muy aturdida, miró a Stedman, y a Michael, que estaba en un rincón del cuarto.

—Ocurrió con mucha rapidez, no pude evitarlo... Michael se volvió como loco... —explicaba Stedman—. Cuando el doctor trató de inyectarle, le atacó... Traté de impedirlo, pero... Luego. Michael quería atacarme, y, no sé cómo, con un resto de lucidez, recordé la linterna... Sólo así he evitado que me mate... Ese muchacho es un loco peligroso, señora Wilshaw... Habría que hacer algo, no sé... Llamar a la Policía, quizá...

—¡No! No, Stevens, eso no... Ha... ha sido un accidente... ¿Lo comprende? Ha sido un accidente...

—Pero...

—Stevens..., tiene que escucharme... Llegaba en aquellos momentos Gladys.

Nadie había oído su llegada; nadie le impidió el paso. Y la criada con expresión de ama absoluta, lanzó un grito histérico, y pareció encogerse, al ver el cadáver del doctor Brooke. Luego, miró a Michael, a Donna Wilshaw, a Stevens; de nuevo a Michael...

—N-no..., no quiero verle más... ¡No puedo! —estalló histérica—. No lo soporto... ¡Nos asesinará a todos...!

—Cálmate, Gladys, cálmate... Un accidente, sólo un accidente —decía Donna Wilshaw—. Vete... Ve a tu cuarto. Vamos, obedece; como si nada hubiese ocurrido...

—Nos asesinará a todos..., ¡a todos...!

—¡Vete, Gladys!

Capítulo 5

C

UANDO hubo salido Gladys; cuando sus manifestaciones histéricas cesaron, una vez se hubo encerrado en su cuarto, Donna, que estaba reaccionando con admirable serenidad, cerró la puerta de la habitación. Miró a Stevens. Luego, se acercó a Michael, despacio, con una dulce sonrisa en los labios.

—Michael, querido..., duerme. Duerme ahora... —murmuró—. No has debido hacerlo, pero nadie te va a castigar. ¿Me entiendes? Nadie te castigará, nadie te hará daño...

Michael parecía distenderse un poco; miró a Stedman, que no soltaba la linterna.

—Ayúdeme, Stevens —pidió, en susurros, Donna. Stedman se acercó a Michael.

Le agarró por un brazo; el sicópata se dejó conducir al lecho. No dejaba de mirar a Stedman y a aquella linterna mágica, que tanto temor le inspiraba. ¿Qué significaría en su cerebro oscuro aquel intermitente rojo? Cedió, atemorizado. Stevens oyó la voz de Donna:

—Procure mantenerle tranquilo, Stevens. Voy a buscar una nueva dosis; le inyectaré yo misma. Es necesario. Tenemos que... arreglar algunas cosas. Y... quiero hablar con usted, Stevens. Le necesito...

—Vaya, señora Wilshaw.

La operación de ida y vuelta, e inyectar a Michael, fue cosa de diez minutos. Silenciosos, Stevens y Donna permanecían quietos, junto al lecho. Michael tenía los ojos cerrados, y todo daba a entender que entraba en un sueño profundo.

Por fin, Donna se volvió, mirando el cadáver del doctor Brooke. Lo contempló largamente; cuando miró a Stedman, sorprendió a éste observándola. Y Donna musitó:

—Creo que adivino lo que está pensando, Stevens... Lo confieso. Entre el doctor Brooke y yo había algo más que una simple amistad. Puedo admitirlo porque... soy una mujer libre; soy viuda. No puedo aún creer lo ocurrido...

—Amaba al doctor Brooke? —inquirió Stedman. Donna se humedeció los labios.

—Debo confesar otra cosa: le necesitaba más que le amaba — dijo.

—Sin embargo, está muerto, y..., sabemos quién es el asesino, señora Wilshaw, Deberíamos llamar a...

—No. Le ruego que no lo haga, Stevens.

—Pero..., el cadáver, aquí...

Donna miró a Michael; luego a Stedman, a los ojos. Dijo:

—Necesito confiar en alguien. Ahora, sólo puedo hacerlo en usted, Stevens. Yo sola no podría seguir adelante. Voy..., voy a pedirle algo: saque de aquí el cadáver del doctor Brooke, y entiérrelo. En el jardín, por ejemplo; en el lugar que usted, comprenda más discreto... Vaya a enterrar al doctor y vuelva, Stevens. Hablaremos.

Stedman miraba tranquilamente a Donna. Habla temido que aquel suceso echara a rodar sus planes, pero Donna, al negarse a llamar a la Policía, a comunicar a nadie lo ocurrido, liberaba de aquellos temores a Stedman; no sólo eso, sino que, además, le colocaba en una sólida posición.

—Señora Wilshaw..., ¿trata de seducirme? —inquirió Stedman, por fin.

—No. No, no... Lo que puedo prometerle es que no se arrepentirá si me escucha, Stevens. Ahora, por favor, saque el cadáver de aquí.

—Le conocerá gente; alguien debe saber que estaba aquí, y su desaparición...

—Nadie lo sabe. Es... Ya le explicaré, Stevens. Me..., me está poniendo muy nerviosa ver constantemente ese cadáver.

Stedman, silencioso, se acercó al cuerpo del doctor Brooke; lo movió un poco, para poder agarrarle por las axilas, y sacarle de allí, arrastrándolo, ahorrando esfuerzo. Antes de que empezara a arrastrarlo, Donna dijo:

—Le espero en la biblioteca, Stevens.

—Está bien, señora. Pero si quiere que hablemos mañana...

—No. Prefiero aclarar la situación esta noche.

Stedman no volvió a hablar. Agarró el cadáver, y empezó a arrastrarlo. Por las escaleras tendría que cargar con él...

★ ★ ★

Con paso lento, inexpresivo el rostro, Stedman penetró en la biblioteca. Allí estaba Donna, sentada, con una bata bien ceñida, y con una expresión más serena en su rostro. Stedman fingió hallarse un poco cohibido, y ella invitó:

—Síntese, Stevens... Seré sincera con usted. Antes, debido a... ese accidente, me mostré un poco impulsiva, nerviosa. He reflexionado, me he serenado...

—¿Llamamos a la Policía, entonces?

—No es eso. Quiero decirle que pensaba hablar con usted de muchas cosas, pero... seré breve. Voy a hacerle una oferta. Es obvio que deseo que acepte.

—¿Qué clase de oferta, señora Wilshaw?

—Dinero. Cincuenta mil dólares para usted, si guarda silencio, y sigue a mi servicio, y al de Michael.

—¿En cuánto tiempo puedo ganar esos cincuenta mil dólares? —inquirió Stedman.

—De eso, no estoy segura... Pongamos dos o tres meses.

—Es una oferta atractiva, lo admito.

—¿Acepta, Stevens?

—¿Qué debo hacer?

—Nada especial. Atienda a Michael. Sólo que..., habría que buscar algún medio para que no se repita lo de esta noche. ¿Comprende? La misión de usted es cuidar de Michael. Enséñele lo que pueda. Brooke, que era un buen siquiatra, afirmó poder conseguir algo de Michael... Bien, quiero que sepa que voy a buscar un sustituto de Brooke. Pero usted sólo debe ocuparse del comportamiento de Michael; impida sus desmanes, evite que pueda escapar; contrólele... Usted habrá conseguido cincuenta mil dólares, Stevens. Como ve, no aumenta su trabajo.

—Pero sí mi responsabilidad —dijo, con voz suave, Stedman—. Bien pensado, no debería aceptar. Acabo de hacerme cómplice de un crimen, señora Wilshaw...

—No diga eso... ¿Usted cree de veras que alguien condenaría a Michael por lo que ha hecho?

—Ciertamente, no. Es verdad.

—¿Acepta?

—Bien... ¿Por qué no?

★ ★ ★

La señora Wilshaw había insistido en que la música era muy importante para Michael; por lo menos, el doctor Brooke había hecho hincapié en ello, Así que Stedman tuvo que soportar aquel macabro concierto, a puñetazo limpio sobre el piano. Michael, al principio, parecía encantado con la suavidad de las notas, con aquella maravilla. Y hasta aparecía algún destello pseudointeligente en sus ojos.

Luego se enfurecía. Y Stedman tuvo que recurrir a la linterna, para dejar a Michael junto al piano, muy quieto, tapándose los ojos.

Entró Donna en aquellos momentos; se dirigió a Stedman, y dijo:

—Tengo que salir. Stedman. Creo que no le recomendé algo, y es importante: si llega alguien, debe procurar que no vea a Michael. No espero visita alguna, pero... Quiero decir con esto, claramente, que Michael debe permanecer oculto a cualquier mirada, se trate de quien se trate.

—Descuide, señora Wilshaw.

—Gracias.

Se fue Donna, y Stedman se encargó de que Michael fuese a hacer su siesta.

Espió la salida de Donna, que se fue con un auto de los dos que había en el garaje. Y cuando el auto hubo desaparecido de la vista, Stedman bajó a la biblioteca, seguro de que Gladys no sería una molestia.

Marcó el número 231-009.

La respuesta, en aquella ocasión, fue casi inmediata.

—¿Charly? —oyó la voz de Francis.

—Sí.

—¿Por qué no vienes? Te dije que...

—¿Qué has averiguado, Francis? —inquirió Stedman, cortando las protestas de Francis.

—Charles..., ¿qué debo sospechar? No me amas...

—No digas eso. Estoy luchando por los dos, Francis. Hubiese ido a verte hoy, pero no es posible. Es muy importante lo que te pedí. Dime: ¿qué has averiguado?

—¿Pero qué tienen que ver los Wilshaw con nosotros, Charles? Si yo consiguiera entenderlo...

—Ya lo comprenderás. Estoy esperando.

—Bueno..., se trata, al parecer, de una extraña familia. Me apresuraré a decirte que la característica más notable de ellos, es su fortuna. Pero no todos los Wilshaw. Parece ser que, como ocurre en todas las familias, había serias divergencias... No he podido averiguar algo concreto al respecto, pero sí puedo decirte que la fortuna, ahora, no sonrío a todos, aparte de que queda muy poca gente de la familia. En Atlante había un Wilshaw...

—¿Había? —cortó, muy interesado, Stedman.

—Sí. Era socio de unos astilleros de Savannah. Murió hace poco más de un año. Y..., no dicen que en la ruina, pero vienen a sugerir algo así. Ese Wilshaw, según dicen, contrajo matrimonio con una mujer muy hermosa, viuda en la actualidad, que aceleró su muerte... y su ruina. Sin embargo, para esa gente que maneja millones, ruina significa, por ejemplo, que en lugar de manipular con cien millones, sólo disponen de unos pocos...

—Sí, entiendo. Es decir; hubo un Wilshaw, hoy fallecido, perteneciente a una familia extraña, disgregada, casi extinguida, de millonarios de solera.

—Ese viene a ser el resumen, Charles.

—Un detalle, Francis: ¿sabes si Wilshaw, y su esposa, tuvieron algún hijo?

—Pues, no...

—¿Se dice algo especial de la esposa?

—Ya lo he comentado. Dicen que aceleró la muerte y la ruina de su esposo. ¿No es suficiente?

—Sólo en cierto modo. Pero no importa, ¿Recuerdas alguna otra cosa que pueda ser de interés?

—No. Y menos ignorando de qué te sirve todo eso, Charles. Stedman rio brevemente; dijo:

—Voy a darte una serie de instrucciones, Francis. Es algo muy sencillo para ti.

—Parece que ignoras a propósito que corro peligro... Pudieran descubrirme, y...

—No ignoro nada; no olvido nada, Francis —cortó Stedman—. Lo único que tienes que hacer es llamar por teléfono. A eso de las ocho.

—¿A quién?

—A la señora Wilshaw.

—Pero...

—No interrumpas ahora, Francis. A las ocho, llama. Niégate a hablar con cualquier persona que no sea ella. ¿Comprendido esto?

—Sí.

—No hace falta que hables demasiado. Tan sólo límitate a pedirle medio millón de dólares.

—Charles...

—¿Muy sorprendida? Prosigo: ella se negará, probablemente. Pero sólo tienes que decir que has sido enfermera del doctor Brooke, y que sabes más de éste de lo que nadie imagina. Que medio millón de dólares cerrará tu boca y tu memoria para siempre. Insiste, si ves resistencia. Acabará por ceder, lo sé. Agrega que la volverás a llamar, mientras ella reúne el dinero, para indicarle el lugar en que debe depositarlo. ¿Todo comprendido, Francis?

—Sí...

—Bien. Llama a eso de las ocho. Hasta pronto, Francis, Y colgó.

Salió de la sala-biblioteca, para estar cerca del psicópata; en cuanto despertara, habría que mantenerle a raya. Había que felicitar a Brooke por su descubrimiento de la linterna.

Capítulo 6

L

A señora Wilshaw había dicho:

—Después de acostarle, baje, Stevens. Quiero hablar con usted.

—Bien, señora.

Aquella circunstancia favorecía los planes de Stedman, quien, con una libertad de movimientos total, se dedicó a ellos.

Eran dos extrañas figuras en la noche, en el jardín. Se deslizaban por entre setos, por entre grandes árboles. Stedman había estudiado ya el lugar que le interesaba. Era la portezuela de la toma de agua para la villa, que se encontraba, bastante descuidada, en una zona próxima al muro, por la parte norte, en lo más descuidado, quizá lo único, del jardín.

Stedman iba bien preparado. Ya a la vista de la portezuela, y sin que Michael tuviera noción de lo que estaba haciendo, ni de lo que sucedía, Stedman hizo tintinear algo en sus manos; el sonido atrajo la atención de Michael, pero aquellos objetos brillantes que Stedman llevaba en las manos no le decían nada.

Sin perder tiempo, Stedman abrió aquella portezuela metálica, y tomó las manos de Michael, poniéndoselas a la espalda; las esposas cerraron. Luego le obligó a sentarse en el oscuro y húmedo hueco, y le ató los pies con cadenas. Por último, fue la mordaza. Michael empezó a resistirse entonces, pero su esfuerzo se iniciaba tarde. Además, en el suelo, la linterna empezó a lanzar sus intermitencias.

Mientras se volvía, para eludir aquello que le producía pánico, Michael no pudo ejercer más resistencia; quedó amordazado y prácticamente inmovilizado en el pequeño hueco. Stedman, luego, cerró la pequeña puerta metálica, y sin entretenerse más, caminó hacia la villa.

El acceso a la habitación lo realizó por la fachada, y entró por la ventana, que dejó abierta de par en par.

Una vez dentro del cuarto, se dedicó a deshacer un poco la cama, y miró en torno, por si algún detalle no encajaba.

Se sintió satisfecho, y salió del cuarto por la puerta, cerrando la luz. Bajó al vestíbulo, y de allí pasó a la sala-biblioteca. Eran en aquellos momentos las ocho y quince minutos, y Stedman avanzó hacia Donna Wilshaw, que estaba en el escritorio, erguida, pálida, mirando a Stedman como si no le viera; con una expresión preocupada, tensa.

Stedman sabía muy bien a qué se debía la actitud de Donna.

—¿Quería hablar conmigo, señora Wilshaw? —inquirió.

Aún tardó un minuto en reaccionar. Ella le miró como si no le viese.

—Sí... —musitó—. Sólo quería decirle que esta tarde he hecho gestiones para procurarme los servicios de un siquiatra... Es difícil, dado que lo de Michael es un poco... irregular... Nadie toma decisiones importantes a la ligera... ¿Comprende lo que quiero decir, Stevens?

—Sí, señora Wilshaw. Usted ha hablado con alguien, y le ha dicho que pensará si le interesa este trabajo.

—En efecto. Y si ese hombre no acepta, Stevens, no estoy decidida a buscar más. Me comprometería demasiado... Un secreto no debe ser compartido por mucha gente. Y lo que quería decirle es que quizá usted, por sí mismo, pudiera poner en práctica el programa completo que preparó el doctor Brooke, sin necesidad de recurrir a nadie más.

—No sé... Podría intentarlo. La veo muy pálida, señora Wilshaw.

¿Ha ocurrido algo malo?

Donna se mordió los labios. Vacilaba visiblemente.

—Sí... Sí, Stevens... —musitó—. Le extrañará que confíe tanto en usted, pero... Me encuentro sola; tengo miedo... La situación, para mí sola, es insostenible...

—¿Qué es lo que sucede? —inquirió Stevens, en tono que indicaba que admitiría las confidencias, y que estaba dispuesto a colaborar.

—Es... incomprensible. Pero ha ocurrido. Es algo a lo que hay que hacer frente... Hace sólo unos minutos he recibido una llamada telefónica, Stevens. Me... chantajea... Es algo inesperado...

—¿Chantaje? ¿Quizá por Michael?

—No... Es la causa, digamos. Pero el chantaje es por el doctor Brooke. Una enfermera suya, cualquiera sabe las causas, sabe mucho de todo esto. Tal vez ella..., no sé; quizá estaba enamorada de Brooke, y le siguió... Ha de ser algo parecido. Es un dilema, Stevens.

—Esto me concierne también; yo oculté el cuerpo —murmuró Stedman.

—Sí, ya sé... Usted y yo ocultamos un cadáver; y el asesino fue Michael... Y eso hay que seguir ocultándolo.

—Lo comprendo. ¿Piensa pagar, señora Wilshaw?

—¿Usted qué haría, Stevens?

—Bueno..., depende. ¿Piden mucho dinero?

—Medio millón de dólares.

—¿Lo tiene? —inquirió Stedman.

—Es el último resto de una fortuna... —suspiró Donna.

—Pero si lo tiene, pague. Sin embargo..., podría hacerse algo, luego, por recuperarlo. Dígame: ¿cuándo, cómo y dónde ha de entregar el dinero? Yo podría ocuparme de... En fin; quizá podríamos recuperar el

dinero, y... convencer al chantajista para que no vuelva a insistir...

—Lo había pensado, Stevens; pero no quiero abusar de usted...

—Ya le he dicho que me concierne. No quisiera acabar en la cárcel el resto de mis días. ¿Cuándo, cómo, y...?

—Aún no me lo ha dicho. Volverá a llamarme, para darme instrucciones en ese sentido. Yo, mañana por la noche, puedo tener el dinero. Y..., y quisiera acabar con esto cuanto antes. Le tendré al corriente, Stevens. Creo que..., usted merece más de lo que le dije...

—No se precipite. Si recuperamos el dinero, y soslayamos el peligro de esa enfermera chantajista, ya hablaremos.

—Gracias, Stevens. Es un alivio poder contar con alguien en esta situación...

—Trate de controlar sus nervios, señora Wilshaw.

—Lo intentaré...

—¿Me necesita para algo más?

—Ya conoce la situación.

—Sí. Pensaré sobre todo esto, señora Wilshaw. Buenas noches.

—Buenas noches, Stevens...

Stevens miró aquel rostro pálido, pero bello. Los ojos de ella estaban un poco enturbiados por el nerviosismo, la preocupación. Además, Stedman no quería ir más lejos, ni perder el tiempo con Donna, en otros sentidos.

Giró, y, silencioso, abandonó la sala biblioteca. Poco después, subía al cuarto. Abrió la puerta, e inició otra parte de su actuación.

Había luz en el cuarto de Gladys. Esta ya debía estar metiéndose en cama, Stedman, entonces, corrió hacia aquella habitación, y aporreó la puerta, fingiendo bien una gran excitación.

—¡Gladys...! ¡Gladys, abra! —gritó.

Se produjo un pequeño revuelo en el cuarto.

Se oyó, un poco agria, temblorosa, la voz de Gladys:

—¿Qué ocurre, Stevens?

—¡Abra! ¿No ha visto a Michael?

—¿A... Michael...?

—¡Ha huido! ¡Mientras yo hablaba con la señora Wilshaw, ha huido! Creo que por la ventana, puesto que está abierta.

Gladys apareció, entonces; su expresión de ama absoluta estaba absorbida por aquel miedo incontenible que aleteaba en sus ojos. Se estaba poniendo una bata sobre su delgado cuerpo, de piel muy blanca, con venillas azules.

—¿No ha visto algo, Gladys? ¿No le ha oído? —preguntaba, excitado, con voz muy alta. Stedman.

—N-no... No he notado nada...

Todo el alboroto había contribuido a que Donna apareciera por el descansillo, muy agitada, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué sucede, Stevens?—inquirió.

—¡Michael...! ¡Ha huido mientras hablábamos!

Stedman se precipitó hacia el cuarto de Michael. Las dos mujeres, muy asustadas, le siguieron. Allí estaba la ventana abierta, la cama un tanto deshecha... Eran todas las huellas que indicaban lo ocurrido.

Stedman, entonces, se acercó a la ventana, echando un inútil vistazo al exterior.

Se volvió hacia las dos mujeres.

—Habrá que buscarle —dijo.

Se lanzaron ambos a la búsqueda.

Gladys, a solas instantes más tarde, empezó a arrepentirse de haberse quedado sola en la casa.

Se metería en su cuarto, dispuesta a recoger algunas cosas, meterlas en una maleta, y marcharse.

Nerviosa, con el corazón pegándole latigazos en las costillas de su flaco costado derecho, Gladys se vistió, tomó la maleta sobre la que había colocado unas prendas, y salió del cuarto. Completamente decidida a salir para siempre de la villa.

Estaba llegando al vestíbulo, cuando oyó un rumor, y una extraña figura apareció ante ella.

La maleta cayó de la mano de Gladys; sus ojos estaban hieráticamente fijos en aquel rostro salvaje; en aquella cabeza casi sin frente. En aquella boca amplia, de gruesos labios, en la mirada del hombre que estaba ante ella. Y Gladys empezó a temblar; el espanto estaba infiltrado en su cuerpo, paralizando las reacciones.

Ni siquiera un grito... No podía avisar... Además, su entorpecido cerebro no comprendía bien. El estrangulador allí... ¿Cómo era posible...?

—Voy a estrangularte, Gladys. Es mi plan. Necesito a la señora Wilshaw sola y aterrada. A solas conmigo... Todo lo que he preparado me ha salido bien...

Gladys, con el color de la muerte, experimentó una desesperada reacción, y pudo gritar.

Un grito que inundó el ámbito del gran vestíbulo, pero por muy poco tiempo, ya que aquel ser grotesco saltó hacia ella, para aferrarla el cuello con ambas manos.

Gladys, que había reconocido la voz de Stevens, no atinaba a realizar un solo movimiento tendiente a salir de aquel dogal, cada vez más duro. Y cada vez sentía menos fuerzas; apenas veía ya, mientras que sus ojos estaban abandonando las cuencas...

Con jadeos, dándose prisa, Stedman apretaba, apretaba... Hasta que notó que las convulsiones de Gladys, delgada y frágil, eran las últimas. Entonces, la dejó en tierra, la dejó caer.

Y saltando, rápido, ágil, desapareció del vestíbulo.

Saltó al jardín por la puerta de la cocina, y corrió hacia el lugar donde había dejado la chaqueta y la barba, y la peluca. Se lo estaba colocando todo, con rapidez. Como había previsto, al oír el grito de Gladys, la señora Wilshaw se había apresurado a correr hacia la casa. Y debía estar ante el cadáver. Y le llamaba, llena de pavor...

—¡Stevens, corra...! ¡Stevens, pronto...! Magnífico.

Todo magnífico.

Ya sólo estaba la señora Wilshaw... Y loca de miedo; en sus manos.

Stedman echó a correr. No tuvo que fingir el jadeo, pero sí desconcierto. Entró en el vestíbulo, mirando a la señora Wilshaw, que estaba en un rincón, agitada por el temblor, con las manos en las sienes.

—¿Qué ocurre, señora Wilshaw...?

Dejó de correr hacia ella, fingiendo bien descubrir el cadáver de Gladys. Quedó quieto, en silencio. Fueron unos instantes de gran tensión para Donna, que se acercó a Stedman; se puso a su lado, temblorosa aún, muy pálida, como buscando inconscientemente protección. Stedman le dirigió una mirada de soslayo, y dijo:

—Debía estar por la casa... Quizá haya salido ahora, ¿Se siente con fuerzas para seguir buscando, señora Wilshaw?

—Y-yo..., no sé... Pero hay que encontrarle, Stevens...

—En todo caso, no se mueva de aquí. No creo que regrese a este lugar, de momento.

Sin más, Stedman giró, y echó a andar hacia la puerta que daba a la terraza.

Stedman, feliz, se dirigía rectamente hacia la portezuela de la toma de agua.

Era cuestión de minutos. Llegó, abrió, dejó la linterna con intermitentes en el suelo, y procedió a dejar en libertad a Michael, que gruñía, furioso, pero se abstenía de atacar.

Stedman, entonces, empezó a gritar:

—¡Lo he encontrado, señora Wilshaw!

Y conducía a Michael hacia la villa. Allí, en la terraza, apareció Donna, que veía avanzar a los dos hombres. Michael detrás, con la intermitencia roja en el rostro; enfurecido, gruñendo...

Donna corrió hacia allí, entonces, enfrentándose a Michael.

—Stevens, deje ya la linterna... Michael obedece mi voz... No le maltrate... —decía, entrecortadamente.

Stedman, entonces, dejó de lanzar al rostro de Michael aquella luz roja.

Donna sabía hablarle con dulzura al sicópata; le calmaba. Stedman, quieto, se limitaba a observar, aunque atento por si Michael se desmandaba.

—Yo le acostaré —decía Donna—. Cometimos el error de no administrarle su tranquilizante... Ye me ocuparé de él, Stevens. Le

ruego que me espere.

—Sí, no se preocupe. Pero si le ataca...

—No, no lo hará. Pasaron al vestíbulo.

Y allí se quedó Stedman, mientras que Donna y Michael subían. Stedman, tranquilo, se sentó en un sillón, esperando que bajara Donna.

Ello ocurriría unos quince minutos más tarde.

Donna mientras bajaba, miraba alternativamente el cadáver de Gladys, y a Stedman. Este se había puesto en pie.

—Todo marcha bien arriba —murmuró Donna.

—Señora Wilshaw..., me pregunto si todo esto...

—Es necesario, Stevens.

—¿Por qué?

—Bien... No haga preguntas ahora...

—Lo ocurrido a Gladys, y al doctor Brooke, puede sucedernos a nosotros en cualquier momento. ¿Lo ha pensado?

—No. No ocurrirá..., Stevens, no me abandone ahora... —Donna se estrujaba las manos—. Creí..., creí que estaría enterrando a Gladys... No debemos dejar huellas de..., de lo que hace Michael...

Stedman miraba con fijeza a Donna.

—Enterraré a Gladys ahora.

—Sí, hágalo...

Stedman dio un par de pasos hacia el cuerpo de Gladys. Antes de llegar, se detuvo, volviéndose hacia Donna.

—¿No quiere decirme por qué ese extraño interés por Michael? —inquirió.

—No es eso... Y la realidad es que casi no tiene objeto que se lo oculte, Stevens... Pero no me siento con fuerzas ahora...

—Lo comprendo. Trate de descansar, señora Wilshaw.

—Sí... Tomaré una dosis doble de somnífero. Estoy segura de que mañana veré el horizonte un poco más despejado. Es tan extraño... Se han complicado las cosas de un modo increíble, cuando ya íbamos progresando bastante con Michael...

Stedman agarró a Gladys. No quiso dejar a Donna seguir hablando, porque quizá llegara a la conclusión de que las cosas se habían complicado, precisamente, a raíz de la llegada del tal Stevens a la villa...

Capítulo 7

P

ARECÍA que Donna, gracias a los somníferos, había pasado una noche aceptable; estaba más fresca y despejada aquella mañana, si bien con un gesto de preocupación en su rostro, que trataba de borrar. Se había despedido de Stedman en el gran vestíbulo de la villa.

—Iré a por el dinero ahora mismo, Stevens —dijo—. De paso, trataré de informarme, con discreción, sobre alguna casa de campo que pudiera interesar.

—Esa es buena idea, señora Wilshaw.

—Espero que dé resultado. Cuide de Michael.

—No se preocupe.

Poco después, Donna salía de la villa, conduciendo su auto. Y Stedman, al quedar a solas, reflexionó unos instantes. Su plan, fríamente trazado, estaba llegando al final. Podía decirse que en cierto modo había tenido mucha suerte...

Ya lejos Donna, Stedman estaba completamente solo en la casa, a excepción de Michael, pero éste seguía en su cuarto, encerrado. Por tanto, Stedman no necesitaba ocultarse para realizar una llamada telefónica. Marcó el número de Francis, y esperó. Apenas tres segundos.

—¿Eres tú, Charles? —se oyó el susurro de Francis.

—Sí.

—¿Cómo fue? No creo que de resultado...

—Ya tendrás tiempo de asombrarte, Francis. Escucha esto: la señora Wilshaw te propondrá realizar cuanto antes la operación. Tiene prisa por marcharse de aquí, y yo, a mi manera, con mi juego, la he hecho creer que el chantajista la vigila..., como así es, pero no como ella cree. Bien: te dirá que quiere pagarte hoy mismo. Acepta, claro está.

—Pero..., ¿tan fácil, Charles? ¿Cómo es posible?

—Mi cerebro es el que conduce todo el juego.

—Ya lo sé. No obstante...

—Basta, Francis; basta de objeciones. Hoy tendremos el dinero. Y asunto terminado.

—¿Dónde le digo que debe dejar el dinero? —inquirió Francis.

—En Woodbine Park; junto al estanque hay una estatua ecuestre; pues al pie de la estatua. No lo olvides.

—En Woodbine Park... Y yo debo ir a recogerlo, claro...

—¿Te molesta tener medio millón en las manos?

—Por supuesto que no, Charles, pero aún no estoy muy segura de que todo salga tan fácil y bien cómo crees... Dime: ¿qué hago cuando tenga el dinero en mi poder?

—Me llamas.

—Bien...

—Y me esperas ahí, en South, 96.

—Por fin esta noche, Charles...

—Por fin, sí.

—¿Tienes preparado algún medio para salir del país?

—Ya lo estudiaremos.

—Estoy tan impaciente... Han sido las seis semanas más horribles de mi vida, Charles. Primero, tu silencio..., la total ausencia de noticias tuyas; luego, el estrangulador... Pudo..., pudo matarme, en la pensión...

—Tranquilízate, Francis, Todo pasó ya. Hasta pronto, querida. Y colgó.

Se frotó las manos, un poco nervioso.

Revisó mentalmente el plan, sin encontrar fallos; la propia sencillez del mismo era la clave del éxito. Donna dejaría el dinero, y lo recogería Francis. Soberbio.

★ ★ ★

—No esté tan impaciente, señora Wilshaw —decía Stedman—. Lo más probable es que la chantajista llame más tarde; como ayer. Sólo son las cinco.

—Tiene razón, Stevens... Stevens, siéntese, ¿quiere...?

Stedman se sentó en un sillón del tresillo de la biblioteca; un lujoso tapizado granate, un mullido y cómodo sillón en el que, no obstante, Stevens fingía hallarse un poco cohibido. Frente a él, con las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo, estaba Donna; con descuido, y a causa de la corta falda de su minivestido, mostraba unas piernas auténticamente bien formadas que, aun involuntariamente, atraían la atención de aquel hombre.

—Ayer le dije que en realidad no tiene objeto que le siga ocultando la verdad sobre Michael —dijo Donna.

—Sí, lo dijo.

—¿Quiere escucharme?

—Mi curiosidad es la misma..., si no ha aumentado. Ella aplastó la colilla en el cenicero.

Dijo:

—Tendré que hablarle, primero, de los Wilshaw. ¿Usted nunca oyó hablar de ellos?

—No... No recuerdo, al menos.

—Una rara familia, egoísta, estúpida... Proceden de San Diego, California, donde los Wilshaw eran, y en parte aún lo son, los amos de los más importantes astilleros... Le estoy hablando de cientos de millones de dólares, Stevens. ¿Lo imagina? Cientos de millones; pero... la mayoría, por no decir todos, tenían algo de tarados... Por su expresión creo que adivina algo.

—No sé... Pensaba en Michael. ¿Acaso es un Wilshaw?

—En efecto. Esta es la explicación de todo. Stedman parecía no comprender muy bien. Donna, aclaró:

—La explicación, en realidad, es que Michael es «el último», de los Wilshaw. Por tanto, el heredero legítimo, absoluto, de una enorme fortuna, que está esperando en San Diego, una vez Aldo Wilshaw, un viejo ciego, de noventa años, que resiste increíblemente. Pero su muerte es inminente. Un año, dos... Y es pecar de pesimismo. Michael es el Wilshaw que tiene derecho a más de doscientos millones de dólares.

No era necesario fingir asombro, Stedman quedó muy callado, mirando con fijeza a Donna, la cual consiguió una sonrisa.

—¿Le he aturdido, Stevens? —inquirió.

—Confieso que sí... Pero..., hay inconvenientes, y muchos, señora Wilshaw. El propio Michael es un inconveniente. No tiene capacidad legal para heredar, para administrarse, para...

Calló; achicó los ojos.

—Parece que lo va entendiendo —dijo Donna.

—Creo que sí...

—En efecto, es cierto que Michael no tiene capacidad legal para eso, ni para nada. Por otra parte, Michael es un descendiente de los Wilshaw del que no se tiene constancia. Líos de familia, Stevens. Y, como le he dicho, los Wilshaw eran raros, egoístas..., incluso malvados; un estigma de la mayoría de ellos. Michael nació de un amor ilegítimo de un hermano de mi esposo. Se llamaba Edward. Edward hubiese legalizado las cosas, después de nacer Michael, pero..., se asustó. Al ver a Michael en el mundo se asustó... Era... un pequeño monstruo...

—¿Lo ocultó?

—Exacto. Lo ocultó, y lo olvidó. Permitió que creciera con unos aprovechados, muy lejos, en una tierra de nadie, salvaje... Pero aunque Michael fue separado de la familia, el muchacho está inscrito. Tiene registradas sus huellas plantares, y las digitales. Por tanto, yo, puedo demostrar en cualquier momento que Michael es un Wilshaw; el último de ellos, y el heredero legítimo.

—Comprendo... Pero, ¿cómo salvar su incapacidad...?

—Mi marido ya me habló de ello, cuando nuestros negocios aquí empezaron a decaer. Mi esposo murió, y yo decidí seguir adelante con ese plan. Traje a Michael a..., a la villa... Entre Brooke y yo teníamos un

plan: convertir a Michael en un simulacro de hombre normal. Teníamos que conseguir, como fuese, con toda la paciencia que requiere el caso, que Michael, en un momento determinado, y por breve espacio de tiempo, pudiera pasar por un muchacho normal. Primero, con las huellas plantares y digitales, demostraríamos que se trataba de Michael Wilshaw. Luego, ya ante notarios y representantes legales, nos bastaba con que Michael permaneciese quieto, serio... No tiene por qué ser necesariamente hablador; las palabras justas...

—Un durísimo trabajo, señora Wilshaw...

—Pero el éxito es posible.

—Ya...

—El doctor Brooke, con sus programas, hubiera conseguido que aprendiera unas palabras; que trazara una firma... Michael, es obvio, en ningún momento sabría lo que estaba haciendo, pero yo no me apartaría de él... Ante mí, haría todo lo necesario; diría sus palabras, firmaría... Se trata de fingir que Michael está capacitado legalmente... ¿Comprende?

—Desde luego. Y todo el dinero, la enorme fortuna, para él... Es decir, para usted.

—Sí.

—¿Y si presenta a Michael sin capacidad legal?

—No hay dinero, Stevens. Yo no soy una Wilshaw; sólo una advenediza a la familia. Y las trabas de la Administración muy duras... No. Presentando a Michael como es, yo no tengo la menor posibilidad de obtener nada. En mi caso, personas casadas con algún Wilshaw, hay más gente. Yo tengo que conseguir que Michael hable unas palabras, sepa estar quieto, escuchar y trazar su firma... No es demasiado, Brooke, entendido en esto, afirmaba que es posible..., pienso seguir adelante, Stevens. Todo lo ocurrido retrasa el momento de tener a Michael en condiciones, pero no importa. Se lo digo para que usted no se impacienta, Stevens... Si triunfamos, aunque sea dentro de medio año, no se arrepentirá de haber permanecido a mi lado... Tampoco es excesivo lo que pretendo conseguir de Michael...

—Si el doctor Brooke afirmaba que existe la posibilidad...

—Así es. De otro modo, no hubiese aceptado. Ahora..., ¿cree que vale la pena seguir ocultando a Michael, y soportarle?

Stedman reflexionó irnos instantes.

—Sí... Es una fortuna impresionante, señora Wilshaw... Donna suspiró.

—No hubiese habido necesidad de esto, si mi marido hubiese sido un poco más inteligente... Fue desheredado por necio... De ahí que se desesperase, en busca de una solución, y... dimos con Michael. Mi marido le recordó, e inició las gestiones. Cuando murió, yo tomé más en serio todo este asunto. Por ambición, es obvio, Lo que yo busco es el

dinero de los Wilshaw... Está muy cerca de mi mano... Es cierto que Michael me asusta; me ha hecho pasar auténtico miedo muchas veces; es cierto que en ocasiones habría huido de aquí corriendo... Pero Michael significa lo más importante de mi vida: doscientos millones de dólares... Es el último de los Wilshaw, el más tarado... Esa familia casi nunca ha entrado en sociedad... Siempre disgregada, mordiéndose, atacándose...

—¿Dónde estaba Michael, señora Wilshaw? —inquirió Stedman.

—Cuando le fuimos a buscar, vivía con un indio viejísimo...

—Y le trajeron aquí.

—Sí... Brooke fue mi colaborador en todo.

—Sin embargo..., hay algo que no acabo de entender, señora Wilshaw —dijo Stedman—. Cuando el muchacho nació, para que su padre le abandonase, debía ya presentar signos evidentes de su condición mental...

Donna se mordió el labio inferior. Asentía con movimientos de cabeza. Mirándola a los ojos, Stedman dijo:

—A pesar de eso, señora Wilshaw, hoy, ahora, Michael es un muchacho..., incluso atractivo. No se le nota en absoluto su deficiencia mental, su estado primitivo...

—Claro qué no... Era algo a solventar; algo que, en realidad, no era difícil... Además, tuvimos que hacerlo casi precipitadamente.

—¿A qué se refiere?

—Bien...

—¿Va a dejar de confiar en mí?

—No, no... Le diré, sencillamente, que dejamos a Michael en la mesa de operaciones de un cirujano, un especialista en cirugía plástica y estética. El..., el rostro de Michael, antes, y no hace mucho tiempo, era..., muy distinto. Era... horrible... —Donna se estremeció.

—Entiendo. No podían presentar a Michael conociendo unas palabras, y trazar una firma, con un rostro... horrible.

—En efecto. Era necesario someterle a esa operación.

—Claro...

—Y... había otros motivos —dijo Donna.

—¿Más motivos?

—Stevens.... puesta a confiar en usted, va a saberlo todo, para que en un momento determinado, no se llame a engaño. Usted..., usted, sin duda, como mucha gente, como caso todos los habitantes de Estados Unidos, habrá visto alguna vez..., en el periódico, o en la televisión, el rostro de..., de un hombre... Un rostro de salvaje, de hombre primitivo, todo instintos... Un rostro aterrador... Me estoy refiriendo al rostro de alguien a quien... han llamado el estrangulador...

Stedman tenía la mirada muy fija en Donna.

Pero la mente fría de Stedman le hizo comprender que Donna

podía advertir algo extraño, y suavizó la expresión.

—¿Era Michael? Es decir: ¿Michael es el estrangulador...? —inquirió, con un soplo de voz, Stedman.

—S-sí... Sí, así es... Fue, al principio, un auténtico problema para nosotros... Escapaba a nuestro control... Yo, al saber lo que hacía en sus escapadas, pensé abandonarlo todo, aterrorizada... Pero Brooke se mostró firme... Brooke era quien, casi siempre, le rescataba y le devolvía a la villa, ocultándole... Me costó hacerme a la idea de que tema en casa un asesino sicópata..., heredero de doscientos millones de dólares...

—Es asombroso... —musitó Stedman.

—De todos modos, teníamos miedo de que la Policía, por cualquier circunstancia, descubriese su pista, y entonces... hicimos algo más... Algo... sucio, muy sucio... Aprovechamos unas circunstancias favorables...

—¿A qué se refiere, señora Wilshaw?

—Cuando decidimos operar a Michael, era buscado con auténtica furia por la Policía... Pensamos que aún con el rostro distinto, sus tendencias podían delatarle en algún momento, a poco que descuidásemos nuestra vigilancia. Por tanto..., proyectamos brindarle a la Policía un... digamos falso estrangulador...

—No entiendo.

—Cuando decidimos operar a Michael. Un robo con asesinato... El culpable era un tal Charles Stedman... Estaba muy buscado también, pero el tal Stedman, al parecer, había trazado muy bien sus planes, y llegó a casa del cirujano...

La mirada de Stedman estaba terriblemente fija en los ojos de Donna en aquellos momentos.

Donna incluso pestañeó; se removió.

Se sintió mejor al dejar de ser contemplada por aquellos ojos llenos de fuego.

—Prosiga, señora Wilshaw —dijo Stedman.

—Ese hombre. Charles Stedman, era ideal para nuestros planes... El cirujano aceptó; me costó medio millón de dólares... Derrocho dinero, con la esperanza de conseguir esa fortuna... El cirujano engañó a Charles Stedman. Este, tras su robo, preparando la fuga, tenía proyectado un cambio de rostro, a base de injertos y bisturí. Entonces, el cirujano..., le cambió el rostro, sí... HIZO UNA COPIA EXACTA DEL ROSTRO DE MICHAEL...

—Del estrangulador... —dijo, ronco, Stedman.

—S-sí... Sí, muchas veces he pensado en ello...

—¿Y con eso salvaban a Michael? —inquirió Stedman.

—Sí. Primero, porque Charles Stedman, como es natural, jamás acudiría a la Policía, por la sencilla razón de que cometió un crimen al

efectuar el robo, y presentarse a la Policía era como sentarse en la cámara de gas... Por tanto, pensamos que ese Stedman, con su rostro de monstruo, la cara del estrangulador, conocida en el país por todo el mundo, despistaría definitivamente a la Policía del camino de Michael. Lanzamos un nuevo y falso estrangulador, para que nadie se metiera con Michael...

—Ya...

—Aunque últimamente no se habla del estrangulador. Ese Stedman, con su cara de monstruo, debe permanecer oculto. Pero será visto, estoy segura. Y huirá. Se le verá en sitios diversos, y siempre alejándose de aquí, y, por consiguiente, de Michael.

—Y por otra parte, con su nuevo rostro, Michael no ha de temer.

Ni usted.

—Exacto.

—Una horrible jugada a ese Stedman, ¿no, señora Wilshaw?

—Sí... Sí, lo es...

—Muy astuta, además. Es cierto que ese tipo, Stedman, no puede acudir a la Policía. Y lo más probable es, si se deja ver, que le acribillen sin darle tiempo ni para abrir la boca...

—Eso pensamos. Por tanto, cuando le maten, se habrá acabado la historia del estrangulador. Y nadie tendrá la menor noticia de lo ocurrido.

—No esté tan segura, señora Wilshaw —dijo Stedman, Ella palideció.

—¿Qué quiere decir? —inquirió.

—Se supone que si matan a ese Stedman, la Policía tomará huellas; mediante éstas, comprobarán la identidad del muerto. Y..., se supone que les costará mucho creer que Stedman era, además de ladrón y asesino, el auténtico estrangulador... ¿No cree?

Donna quedó silenciosa.

—¿No cree? —insistió Stedman.

—Sí, es verdad... Pero..., esperemos que eso tarde aún un poco en ocurrir. Esperemos que tengamos tiempo para desaparecer de aquí. Y poco importa lo que suceda luego, puesto que estaremos lejos, y no se volverá a tener noticias del estrangulador. Como sea, alejamos a la Policía de Michael, y eso es lo que cuenta. Basta con dominar a Michael, y enseñarle lo que necesitamos que sepa. Lo demás, no importa... Ahora, Stevens, vaya a ocuparse de Michael. Yo espero la llamada de la chantajista...

Capítulo 8

L

A llamada ultimando el chantaje había sido puntualísima. Y a las ocho menos cuarto en punto, Donna Wilshaw salía de la villa, portando en un paquete muy bien hecho la suma de medio millón de dólares. Sin embargo, Donna empezaba a confiar en Stevens; le veía hombre capacitado, sereno; un tipo que no se asustaba...

Desde la ventana del vestíbulo, Stedman vio partir a Donna. Dedicó unos minutos a reflexionar, Se movió luego, dedicando un cuarto de hora a ciertas cosas. Pasaba un poco de las ocho, cuando subió al piso, dirigiéndose rectamente a la habitación en que se encontraba Michael.

Entró, Stedman llevaba una chaqueta en las manos. Mirando con fijeza a Michael, se acercó.

El sicópata parecía reconocerle; parecía pacífico en aquellos momentos.

—Bueno, muchacho, vas a dar un paseo... —dijo Stedman—. ¿Te gusta la idea?

Con un brillo maligno en sus ojos, Stedman rio. Le parecía estar hablándole a un mono.

Pero él tenía preparada una broma, e iba a ponerla en práctica. Resultaba curioso que, después de todo, se le hubiese desarrollado el sentido del humor..., aunque resultaba más bien negro, sórdido.

Siempre con cuidado, para no despertar las iras de Michael, y con la linterna a mano, Charles Stedman vistió a Michael, y le puso la chaqueta, por último. Le miró, y rio brevemente, con risa aguda. Michael seguía manso. No opuso resistencia a salir del cuarto, y bajar. Ya en el exterior, Michael parecía un poco inquieto, pero Stedman, caminando por el sendero trazado para la entrada de autos, le acompañaba a la puerta de la villa; a la verja de hierro.

Abrió la verja, y empujó con suavidad a Michael a la calle.

—Hala, muchacho. Corre —dijo. El sicópata vacilaba.

Stedman le azuzó, como si fuese un perro:

—¡Vamos, vamos...! ¡Corre, Michael! —masculló. Y tomó la linterna, por si Michael se revelaba.

No obstante, Michael, tras mirar en torno con temor, con recelo primitivo, retrocedió un poco, y luego echó a correr, avenida abajo.

Con una risa sarcástica, Stedman cerró la verja, y, sin prisas, riendo aún, regresó a la villa.

Miró la hora en el reloj del vestíbulo. Las ocho y doce minutos. La señora Wilshaw tardaría muy poco en regresar. De diez minutos a un cuarto de hora, como máximo. Así, pues, todo se reducía a una espera sin impacencias.

Fue al salón-biblioteca, y se sentó en un sillón. Sintió deseos de tomar un buen whisky, pero lo pospuso. A su debido tiempo. Aquella noche tendría muchas cosas que celebrar; antes, quería tener el cerebro despejado, lúcido, en pleno rendimiento. Y volvió a reír, pensando en Michael. Sí..., era una graciosa broma...

Casi le sorprendió la llegada de Donna. Stedman no había notado el paso del tiempo; cierta euforia le había hecho pasar unos momentos felices, pensando en su magnífica actuación. Es verdad que le acompañó la suerte, pero él había cumplido con el resto.

La oyó llegar, en efecto. Ella había ido al garaje a dejar el auto, y regresaba. Pisaba ya por el vestíbulo. Como veía luz en la sala-biblioteca, fue directa allá. Se introdujo en la estancia, y miró a Stedman, que parecía sonreír, si bien la barba gris, con el bigote, ocultaba bastante de sus expresiones.

Ella avanzaba despacio, mirándole, como si algo la desconcertara.

—No creí encontrarle aquí, Stevens... —dijo.

—¿Por qué no, señora Wilshaw?

—Bueno... Quedamos en que usted recuperaría el medio millón de dólares.

—En efecto. No se preocupe por eso. El dinero está en mis manos.

Y sonrió.

Otro broma. ¡Claro que el dinero estaba en sus manos! ¡Claro que era cierto!

—No lo comprendo... Tal vez ha llegado antes que yo, después de recuperar... —empezó Donna.

—No es eso. Pero no se preocupe, ¿O ya no confía en mí?

Donna reflexionó un poco, y asintió con movimientos de cabeza.

—Está bien, Stevens. Usted sabe lo que hace. Por lo menos, esa es la opinión que tengo de usted. Y para no perder tiempo, creo que deberíamos preparar el viaje ahora mismo. Cuanto antes salgamos de aquí, mejor. Ahorremos complicaciones. Por tanto, podemos recoger un poco de equipaje, preparar a Michael, y marcharnos.

Stedman no se movía. Miraba con mucha fijeza a Donna, y ésta empezó a sentir un raro cosquilleo; en otra ocasión ya había notado la extraña mirada de aquél hombre, que parecía lanzar un fulgor rojo...

—Por favor, Stevens —musitó—. Me tranquilizaré cuando salgamos de aquí. Prepare a Michael...

Sonaba el teléfono en aquellos momentos.

Con un respingo, palideciendo, Donna miró el aparato.

—¿Quién puede ser...? —susurró.

—Salga de dudas tomando el aparato, señora Wilshaw —dijo Stedman.

Ella se humedeció los labios, y avanzó. Elegante, hermosa, joven. Era una dama distinguida, de piel hacia fuera. Al parecer, todos sus vestidos eran cortos; o eso, o a Donna le gustaba exhibir sus mejores atractivos.

El teléfono insistía. Donna lo tomó, con mano poco firme.

—¿Sí? —musitó.

Se produjo un silencio.

—¿Quién es? —insistió Donna. Llegó una voz de mujer, muy cauta:

—¿Charles? ¿No está Charles?

Donna miró a Stedman, que se había puesto en pie.

—Un tal Charles, se han equivocado... —musitó Donna.

—No lo creo. Deme el teléfono, señora Wilshaw.

—Pero...

Se lo arrebató, prácticamente.

—¿Francis? —dijo.

—Sí, Charles... ¿Esa mujer es...?

—La señora Wilshaw, claro. ¿Cómo ha ido?

—Bien. Tengo el dinero. Por supuesto, estoy en casa; he abierto el paquete, he contado el dinero... Si los billetes son legales, y creo que sí, todo está en orden.

—Excelente...

—¿Cuándo termina esto, Charles?

—Ahora mismo.

—¿Te veré esta noche?

—Sí.

—Ven pronto, Charles...

—En cuanto pueda. Y colgó el teléfono.

Todas las dudas que sentía Donna Wilshaw estaban asomando a sus ojos. Se estrujaba los dedos. No comprendía muy bien aquello... Quiso olvidar aquel naciente temor, y dijo:

—Vaya a buscar a Michael, y saldremos de...

—Michael no está, señora Wilshaw.

—¿Cómo? No es posible...

—Escapó.

—Stevens..., es..., es una broma...

—Pues sí. Muy divertida.

—Stevens, ¿qué le ocurre? ¿No comprende? Si perdemos a Michael, todo lo demás es inútil... Nuestra fortuna se basa en tener a nuestro lado a ese idiota... —se puso nerviosa Donna—. ¿Cómo ha podido permitir que saliera...?

Otra vez daba la impresión de que los ojos de Stedman ardían en el

infierno, tomando el resplandor rojizo. Dio unos pasos, y se sintió de modo que cerraba el paso a Donna, sí ésta trataba de huir de aquella sala. Donna, de todos modos, no percibió la sutileza de los movimientos de aquel hombre. Sólo le miraba, de un modo hierático, comprendiendo que las cosas no iban como ella creía.

La idea de salir de allí penetró entonces en su mente, y fue cuando entendió que tenía que pasar por encima de Stedman para conseguirlo. Palideció aún más, y retrocedió dos pasos.

—¿Qué se propone, Stevens? —susurró, con voz temblorosa.

Se la veía tan blanca de piel, que daba la impresión de que la sangre estaba estacionada, sin circular.

—Usted, señora Wilshaw, hace poco, me explicó su versión de cierta historia. ¿No siente curiosidad de escuchar esa misma historia, o retablo, en otra versión? Esta vez, claro, me refiero a la mía; a mi propia versión.

—Ya..., ya hablaremos por el camino, Stevens...

—Aquí y ahora.

—Bien...

—Vea, señora Wilshaw.

Stedman no imprimió demasiada rapidez a sus movimientos. La peluca, con parte de frente plástica, postiza, quedó en sus manos. Luego, la barba. Aquel rostro salvaje, de frente que casi se unía a las prominentes cejas, quedó al descubierto; en el fondo de las cuencas, lucían aquellos ojos enrojecidos ya francamente; la gran boca se abría en una mueca de ferocidad; lo que Donna no sabía era que Charles Stedman estaba sonriendo.

Donna sintió, primero, un vahído. Las piernas se le doblaban; su expresión de horror, y aquel grito corto, muy agudo, siguieron a un desesperado intento de salir de allí. No obstante. Stedman había sabido situarse, y sólo tuvo que dar un paso; alargó ambos brazos, y con un empujón dejó a Donna sentada en uno de los lujosos y mullidos sillones, como hundida en él, encogida, color cera su piel.... dilatadas las pupilas, estrujada la garganta...

—No se asuste tanto, señora Wilshaw —dijo Stedman—. Usted, por fuerza, tiene que saber quién soy. Esta cara, hace sólo un mes y medio, aproximadamente, pertenecía a Michael... Ahora es mía... ¿Recuerda, convinimos que había sido una broma horrenda, una sucísima jugada, para Charles Stedman; para mí?

Donna sólo era capaz de mirar a aquel hombre.

Ninguna reacción más podía experimentar su cuerpo frío a causa del terror.

—Pues escuche mi versión. MI VERSION. Sé, sin embargo, que las palabras, en esta oportunidad, no tiene el menor significado. Debería haber algo superior al lenguaje para expresar ciertas cosas... Pero... trate

de imaginarlo: Un hombre, Charles Stedman, yo; un hombre acosado, pero feliz. Por varias razones. Me compliqué las cosas en el robo, pero había salvado todos los obstáculos, y llegaba con trescientos mil dólares a mi destino: al cirujano.

—Espere... Si piensa un poco, aún podríamos...

—Cállese.

El salvaje rostro, avanzó, agresivo, hacia Donna, Pelo, instintos asesinos, ojos rojos...

—Yo llegué a manos del cirujano creyendo que estaba salvado. Iba a salir de allí con un rostro distinto al mío, y con un cuarto de millón limpio... Sí, era feliz. Yo, ¿sabe, señora Wilshaw?, estoy enamorado de una mujer. La amo. Y ella a mí. ¿Imagina cuál fue mi último pensamiento antes de que la anestesia empezara a hacer efecto? Para ella. Para ella, naturalmente. Yo calculaba estar tres semanas para cicatrizar... Largo tiempo, sí, pero la paciencia, más que una virtud, es un arte. Y yo me constituí, durante más tiempo de lo previsto en un artista de la paciencia... Pero luego...

Se torció la boca gruesa de aquel hombre. Le caía la grotesca barbilla.

—Lo cierto es que ni siquiera sospeché lo que sucedía... —siguió Stedman—. Me sentía débil, mal. No comía apenas; estaba en un lugar raro. Me habían vendado los ojos... Pensé que todo era por discreción, puesto que la Policía me seguía de cerca. Pero..., los últimos días fueron una auténtica tortura, señora Wilshaw... Una crueldad... Los últimos días, sin comer, sin beber, sin cuidados, a solas, y sin saber dónde me encontraba. Y yo no hacía nada, por temor a que la operación se complicara. Por miedo a que algo se infectara, o quedara mal...

Las pupilas de Donna vagaban por el contorno, enloquecidas. Para ella lo único importante era salir de allí...

—Hasta que me decidí... Intuí que algo iba mal. Me levanté. Y empecé a quitarme los vendajes... Estaba en una choza perdida. Ni siquiera ahora podría decirle el lugar exacto. Una choza abandonada, solo completamente... Aquello me tenía al borde de la locura... Salí al exterior, y la soledad de aquellos parajes me hería la vista más que el sol. Grité, llamé... Entonces, furioso, corrí al interior de la choza. Yo no sentía ningún dolor, ninguna molestia. Me quité los vendajes. Tenía que irme de allí...

Donna, desesperada, trataba de ponerse en pie, pero una mano se le clavó en el cuello, con rabia.

—Siga sentada —masculló Stedman. Donna, desfallecida, cerró los ojos.

—Me quité la venda, señora Wilshaw; mi rostro quedó al descubierto. Y lo primero que hice, es obvio, fue buscar mi dinero, aunque sin esperanzas... Pensé que todo aquello era una jugada del

cirujano, para apoderarse de los trescientos mil dólares... Luego, he sabido que no. Usted me explicó el motivo. Pero, como le decía, buscaba dinero, sin hallarlo. Lo que sí encontré fue un espejo... Claro, la curiosidad es irresistible... Me miré al espejo... —susurró, roncamente.

—Señor Stedman..., aún...

—Calle, señora Wilshaw... Cállese, es mejor. No me haga notar su presencia... Siga quieta, muda; muerta. Déjeme hablar... Porque aún no he terminado. Porque quiero que sepa que creí estar loco al mirarme al espejo, y ver este rostro... ¡Qué desconcierto, qué horror, qué angustia...! ¿Lo comprende? ¿Quién no conoce en Estados Unidos este rostro? Y..., y... yo creí que era él quien se miraba al espejo; que lo tenía detrás de mí... Pero no había nadie... ¡Y me toqué la cara...! Noté que era yo, mi piel... No llore.

Donna había conseguido deshacer, en parte, el gran nudo que tenía en la garganta.

—¡No llore! ¡No llore...! ¡Basta! —estalló Stedman—. Aún ha de saber que si ver un rostro como el mío es horrendo, lo es mucho más ver dos docenas de caras como esta... El espejo, a causa de mi ira de mi impotencia, de mi incompreensión, lo estrellé..., lo hice pedazos... Y cada pedazo era un rostro como este que ve... Señora Wilshaw, temo que, a pesar de todo, usted no ha conseguido asimilar todo lo que yo pude sentir... Y no sólo en la choza, sino al salir. Tenía que hacer algo, claro está... Y me di cuenta después, cuando fui visto, de quién era, de qué era, de qué significaba lo que habían hecho conmigo... Voy a decirle más aún: la segunda noche, en un pueblo, no fui linchado por milagro... No sé cómo pude huir, ni de dónde saqué las fuerzas... Policías, ciudadanos, hombres, mujeres... Todos me perseguían. ¡El estrangulador estaba allí...!

Calló, jadeante.

Brillaba su piel a causa del sudor; la bestia sudaba...

Y un pueblo, y otro, y vagar; robar para comer; oculto constantemente... Sí; sus planes con respecto a mí, sustituyendo a Michael, salían bien, seguían una marcha perfecta, señora Wilshaw... Yo, de hombre feliz, me había convertido en una fiera perseguida... Tenía que llegar hasta donde se encontraba Francis, mi prometida... Y cuando me vio... Tuve que matar en su presencia... Ella gritaba, me lanzaba a la muerte con sus gritos de aviso... Tuve que huir... Comprendí lo que sentiría Francis al verme... Pero al fin tuve suerte. Tanta, que aquí estoy, señora Wilshaw... Todo lo que ha ocurrido desde mi llegada, ha sido provocado por mí, en espera de este final. Medio millón de dólares, y mi venganza...

—Señor Stedman..., haga un esfuerzo... Doscientos millones de dólares...

—No es posible. Existen varias razones. Por ejemplo, jamás se obtendrá partido de Michael. Por ejemplo, amo a Francis. Otro ejemplo: la odio a usted... Y quiero salir del país... Aún soy Charles Stedman, ladrón y asesino..., y estrangulador en esta villa. Brooke, Gladys... ¿Lo comprende?

—Usted... —susurró Donna.

—¿No lo sospechó?

—No... No, no...

—Pobre Michael... Es una víctima...

—¿Qué..., qué ha hecho con él...?

—Le saqué a pasear.

—Pero..., le ha dejado suelto; le ha...

—Es una broma, señora Wilshaw. Sólo siento que usted no va a tener tiempo de participar. No podrá reírse con esa graciosa broma... Usted ya tiene muy poco tiempo para todo... Quisiera devolverle todo lo que ha hecho conmigo. Todo. Dejar su rostro como el mío; dejarla en soledad, desesperada, perseguida a muerte, hambrienta... Es claro que yo hubiese acabado por convertirme en una auténtica fiera, de no haber tenido la suerte de llegar hasta aquí... Fue por azar por lo que me presenté a este empleo... Necesitaba serenarme, tener un refugio... Lamento, repito, no poder devolverle todo esto...

—Yo...

—Diga: ¿dónde está el cirujano?

—No sé... Debió huir...

—¿No le mataron, quizá?

—¿Por qué habíamos de hacerlo?

—Para cerrarle la boca.

Donna se mordió el labio inferior.

—Señora Wilshaw, me contó muchas cosas... ¿Ocultó lo que hicieron con el cirujano?

—No, no, no... No le matamos. Debe haber huido...

—Con mis trescientos mil dólares.

—De eso, lo ignoro todo...

—Debí pedir más de medio millón —masculló Stedman—. En realidad, varios millones no pagan esto...

—No hubiera podido darle más dinero; es todo lo que me quedaba, Pero si lo piensa bien, está en el aire una fortuna...

—Es imposible. Ya es imposible, señora Wilshaw, Y así están bien las cosas. Sólo... falta el final. Como le dije, le explicaba mi versión de lo ocurrido. ¿Cree que hay alguna diferencia con la suya?

Donna tenía los ojos cerrados; le temblaban los labios. Consiguió murmurar:

—Jamás creí que pudiera presentarse esta situación... Cuando abrió los ojos, no vio a Stedman.

Quedó envarada, sin comprender.

¿Dónde se había metido aquel...?

Fue entonces cuando, con un violento estremecimiento, lo descubrió.

Lo tenía a su espalda.

Detrás de ella; y las manos de Charles Stedman habían acariciado su cuello; blanco, fino, esbelto...

—Tengo que matarla por estrangulación, señora Wilshaw... Cuando Michael caiga, y la Policía investigue, si alguna vez descubren las víctimas de esta casa, lo achacarán a Michael...

Donna, rígida, con el cerebro en blanco, no podía pensar, ni hablar, ni moverse; el terror, como una gran red de hierro, la tenía aprisionada, mientras que las manos de aquel hombre presionaban sobre su cuello, cada vez con más fuerza.

Hasta que llegó el momento de la desesperación. Hasta que Donna, acuciada por el instinto de conservación, quiso hacer algo por su vida. Trataba de erguirse, de separar con sus manos las de Stedman, que apretaban ya de modo implacable.

Donna incluso conseguía girar un poco; ver con sus ojos saltones aquellos de Stedman, enrojecidos, con fulgor de infierno...

Luego, empezó a nublarse su visión.

Su resistencia cesaba casi por completo; caía blandamente sobre el sillón...

Quedó allí, sentada, con el rostro morado, los ojos casi fuera de las órbitas.

Aquel tipo con el rostro salvaje, jadeaba; se humedecía su piel.

—Habéis pagado... Es lo justo, ¿no? —susurró.

Aún miró unos instantes el cadáver de Donna Wilshaw, y luego empezó a pensar en sus cosas.

Tras vacilar unos instantes, decidió acercarse al teléfono. Por lo pronto, era indispensable hablar con Francis. Había que... prepararla para ciertas cosas...

Marcó el número de Francis. Esta debía vivir pegada al aparato, ya que la respuesta llegó al instante:

—¿Charles? —inquirió.

—Sí... Dentro de... media hora estoy contigo.

—Charles..., ya..., ya desesperaba...

—Antes, tienes que oír algo. Bueno, en realidad, se trata sólo de que..., por razones de seguridad, me presentaré caracterizado... ¿Lo comprendes? Reconocerás mi voz... Sólo de ese modo podremos movernos con libertad. ¿Comprendido?

—Sí, sí...

—Entonces, hasta ahora, cariño. Colgó el teléfono.

Notaba cierta violencia en los latidos de su corazón.

Luego, lo que hizo fue tomar la peluca, con parte de frente plástica, postiza, y la barba, y subir al cuarto que había compartido con Michael. Allí se miró al espejo, con una mueca que expresaba desde la desesperación, hasta el asco hacia sí mismo.

Se sintió un poco mejor cuando se colocó los aditamentos, que le convertían en un tipo normal, cincuentón.

Luego, tomó sus cosas; la maleta y las ropas viejas que había adquirido, como excusa para salir, y presentarse con equipaje. Lo metió todo en la vieja maleta. Tenía que desprenderse de todo ello, pero con seguridad. Un buen lastre, y al puerto, o bien enterrado todo en un lugar en el que jamás fuese descubierto.

Maleta en mano, bajó.

Estuvo a punto de cerrar las luces, pero pensó que el sicópata, tras sus crímenes, no se entretenía en apagarlas; hubiera sido un detalle contradictorio.

Por tanto, dejándolo todo como estaba, y seguro de no dejar huellas, salió de la villa.

Capítulo 9

E

N aquel piso, muy pequeño, húmedo, cerca del puerto, Francis estaba muy nerviosa. Se había desprendido de unas gafas y unas bolas que se había colocado en la boca, y que la habían desfigurado, según ella, lo suficiente. Para esperar a Charles, debía mostrar su propio aspecto. Charles estaba enamorado de ella...

Y, por fin, todo había salido bien. Allí, en el paquete, que tras ser revisado, Francis había rehecho cuidadosamente, había medio millón de dólares.

Francis fumaba, paseaba, se sentaba... Hasta que oyó pasos en la escalera.

Se acercó a la puerta; pegó el oído a la madera. Le golpeó el corazón con fuerza al percibir que los pasos se detenían frente a su puerta. Un instante más tarde, se producía la llamada; una discreta llamada con los nudillos. Allí, en aquel viejo y húmedo edificio, vivían dos familias modestas, que escandalizaban con los críos y la televisión. Un ambiente discreto para ellos...

—¿Charles? —inquirió Francis, con susurros.

—Sí, Francis. Abre. Soy yo. Su voz.

No la confundiría jamás.

Y entonces, abrió la puerta.

Penetró aquel tipo de barba y cabello gris, con la maleta en la mano. Entró con rapidez, para cerrar la puerta. Luego, dejó la maleta en el suelo, y quedó frente a Francis. Esta parecía bastante sorprendida. Se miraron a los ojos.

—De veras soy yo, Francis... —musitó, con voz algo ronca, Stedman.

—Charles...

Francis avanzó un paso, y con sus brazos rodeó el cuerpo de Stedman. Este, a su vez, la abrazó y durante unos momentos permanecieron muy juntos, silenciosos, abrazados estrechamente. Hasta que Francis, con los ojos entornados, con la respiración algo precipitada, alzó el rostro. Ciertamente no era posible reconocer a Charles bajo aquel disfraz... Pero era él. Y los labios de Francis quedaron brillando, húmedos, ansiosos, bajo la luz del diminuto vestíbulo.

Stedman inclinó un poco la cabeza, besándola. Luego, casi con

brusquedad, se separó de ella, para rodearle la cintura, y caminar hacia aquella estancia con luz, donde Francis había estado esperando.

—Charles..., ¿qué pasó? Me volvía loca...

—Algo imprevisible, Francis... Algo que nunca estuvo en el programa... Pero dejemos eso ahora. Tienes el dinero...

—Ahí, sí. Medio millón. Pero, dime: ¿dónde están los trescientos mil dólares que te llevaste de «Pearce & Soames»?

—Me los quitaron.

—Pero...

—Al respecto, habrá tiempo para explicaciones, Francis. Hablemos del futuro inmediato, que es lo que nos interesa. Por lo pronto, mientras venía hacia aquí, pensaba... Dado mi aspecto, lo mejor es que nos hagamos pasar por padre e hija. Yo me llamo Stafford Wade, y tú mi hija Denise. ¿Bien? Ese es nuestro punto de partida.

Se habían sentado, Stedman en un viejo sillón, y ella, que no quería separarse de Stedman, en el brazo del mueble, aún pegada a él.

—¿De acuerdo, Francis? Eres Denise Wade, y yo tu padre. Mañana mismo, hay que buscar la salida del país más discreta para nosotros.

—¿Has pensado algo al respecto?

—Sí... Podemos salir en barco. Como... mercancía de contrabando, ¿entiendes? Sé que en Savannah se realiza un tráfico importante de contrabando. La Policía lo sabe, y vigila, pero, muchas veces ese tráfico escapa a su vigilancia. Se trata, pues, de buscar el barco ideal..., y la gente ideal. Yo me ocuparé de eso, Francis. Nos costará mucho dinero, pero interesa salir de aquí. Luego... Bien, ya veremos.

—¿Qué quieres decir? Luego, Charles, a vivir felices... ¿No?

—Desde luego...

—Charles..., algo te ocurre...

—No... No hagas caso...

—Has debido sufrir mucho estos días... —susurró Francis. Stedman cerró los ojos.

Ella le besaba, entonces.

Parecía existir cierta resistencia en Stedman. La situación pareció tensarse un poco, hasta que Francis decidió recurrir a algún ardid.

Se puso en pie, y dio unos pasos: alargó una mano y accionó el interruptor de la luz, dejando la estancia a oscuras.

—Charles..., hace más de un mes que no nos vemos... ¿Has dejado de amarme? —se oyó, velada, algo pastosa, la voz de Francis.

—No digas eso...

—¿Entonces?

—Es... mejor que me marche. Debo buscar el barco...

—¿Marcharte ahora? ¿Ya? ¿Y así? Pero, Charles...

Stedman hizo ademán de incorporarse, pero Francis se aplastó contra él, gimiendo. Las manos de Francis fueron hacia las sienes de

Stedman; presionaba, le besaba en los labios...

Quedó convertido en una estatua.

Francis seguía besándole, y despojándole de la caracterización.

Tan pegado tenía su rostro al de Stedman, que al principio no veía nada, y seguía acariciando..., hasta que sus dedos debieron notar algo anormal. Todo el cabello, cejas y nacimiento del pelo se confundían...

Se apartó ligeramente.

Allí, a la débil luz de la ventana, vio aquel relumbrón en los ojos del hombre; vio aquel rostro primitivo, tosco, sin indicios de inteligencia; el rostro salvaje del estrangulador...

El grito de Francis, agudo, tembloroso, fue inevitable. Y quiso correr, pero Stedman actuó con rapidez, reteniéndola por un brazo.

—¡Soy yo, Francis! No grites...

Ella sollozaba, trataba de gritar, de huir...

Stedman tuvo que amordazarla, retenerla, aplastar aquel cuerpo turbado por el pánico, tembloroso, frío...

—Escúchame... Me hicieron esta jugada... ¿Lo entiendes? Pero soy yo. ¡Yo, Charles Stedman! Francis..., del mismo modo que un maldito cirujano me proporcionó este rostro, otro cirujano me lo borrará... ¿Lo entiendes? ¡¿Lo entiendes?! Basta de miedo... Quise verte en la pensión de Warsaw... Me mirabas como loca... Tuve que matar a aquella desdichada mujer..., ¡Pero soy yo! ¡Me borrarán este rostro...!

La soltó entonces.

En aquel momento, llamaban a la puerta. Ambos quedaron rígidos, silenciosos.

—Francis..., tus gritos... —masculló, con rabia, con el rostro sudoroso, horrible, Stedman—. Tus gritos, sí... Puede ser algún vecino que quiere saber qué ocurre. Sal, di que has visto una rata, y cierra. Y vuelve aquí... Es imprescindible que nos serenemos...

La soltó, la empujó hacia la puerta.

Con el sollozo en la garganta, con puntos brillantes en la frente, a causa del sudor, y estrujándose las manos para que no se lanzasen a un temblor loco, Francis fue hacia la puerta. En el umbral de aquella estancia estaba enmarcada la figura de Charles, los perfiles de su horrible rostro...

—¿Quién..., quién es...? —musitó Francis.

—La Policía. Abra.

Francis retrocedió un paso.

Iba a correr hacia Stedman, pero el rostro del estrangulador la detuvo.

Quedó entre la Policía y el monstruo, completamente aturdida.

—¡Abran a la Policía!

También Stedman estaba como petrificado.

Fueron unos segundos de inmovilidad total; como si en el mundo,

por ensalmo, hubiesen quedado anuladas las leyes del movimiento continuo. Un estatismo total.

—Atiendan: apártese de la puerta, vamos a disparar. Ella temblaba.

El monstruo ante ella, y la Policía a su espalda...

Aquella cara agresiva, asesina, se acercó mucho a la de ella.

—Obedece... ¡Obedece! —masculló Stedman—. Vamos a perderlo todo. ¿No lo comprendes? ¡A la ventana!

La empujó; ella gritó, sollozó, se resistía...

Stedman, entonces, sudoroso, lleno de ira, desesperado, no perdió más tiempo; agarró el paquete y se lo colocó bajo la camisa, con lo cual su abdomen adquiriría un raro volumen. Saltó al marco de la ventana, y un instante más tarde desaparecía.

Apenas tres segundos más tarde, empezaban a sonar los disparos contra la puerta del piso. Francis, aterrada, se echó al suelo, temiendo el rebote de alguna bala, pese a que era prácticamente imposible que se produjera, dado que la puerta de aquella estancia estaba cerrada. Tras los disparos, oyó golpes... La puerta cedía; irrumpía gente en el piso.

Francis, en el suelo, empezó a llorar; de un modo estridente, con hipidos, estremecida...

Los pasos de los policías...

Se abrió la puerta; a continuación se encendía la luz, y dos hombres saltaban al cuarto, pistola en mano, mirando en torno, Luego, a Francis, y hacia la ventana.

Uno de aquellos policías dijo:

—Por la ventana, Hal, no hay duda. Utiliza la radio. Llama a las patrullas de la zona. Hay que rodear la manzana... Rápido.

—Bien, teniente.

Hal salió de allí, y el teniente Byrnes se acercó a Francis, que seguía en el suelo, presa de una fuerte excitación, que iba a desembocar en una histeria desencadenada.

Se inclinó junto a ella.

—Cálmese, *miss* Lytton —dijo.

La mirada de Francis empezaba a extraviarse, y el teniente Byrnes tuvo que asestarle una bofetada, para calmarla un poco.

—Lo siento —gruñó el policía—. Diga: ¿qué aspecto tiene en la actualidad Charles Stedman? Creemos que era él el hombre que estaba aquí con usted...

Los ojos de Francis, quietos en sus cuencas, estaban, sin embargo, muy abiertos, con las pupilas dilatadas al máximo.

Entraba un agente de uniforme, mientras que otro registraba el piso.

El teniente Byrnes, al verle, se irguió.

—Condúcela al Precinto, Max —rezongó, malhumorado, el teniente. Parece ser que no quiere hablar...

—Se ha desmayado, teniente... Byrnes la miró.

Hizo un gesto de impotencia.

—Está bien. Una ambulancia, y a la enfermería, entonces — dijo—. Yo iré a ver cómo podemos atrapar a Stedman con vida. No sabemos si está armado, y puede ser peligroso.

Capítulo 10

E

L trabajo era para Stedman, quien no ignoraba que la manzana sería rodeada en cuestión de unos pocos minutos. Y allá iba, como una araña de cara monstruosa.

Alcanzó la azotea con relativa facilidad, y una vez allí, corrió de un lado a otro, con su cara salvaje destacando en la bruma.

Todo por el grito de Francis... O quizá. ¿Cómo era posible la llegada de la Policía? Por Francis. Por ella. No podía ser de otro modo.

Pero, ¿qué importaba ya?

Subía gente hacia la azotea. Policías que iban a buscarle allí. Les oyó hablar.

Se fue deslizando entonces, y miró hacia abajo. No. Imposible el salto. Allí terminaba la sucesión de azoteas; abajo había un oscuro solar, a unas veinte yardas. Imposible. Corrió entonces hacia la parte frontal, descubriendo las escaleras exteriores. Sólo podía utilizar aquellas. Y algunas ventanas estaban iluminadas; había gente. Gente que, además, debía haberse percatado de la presencia de la Policía... Pero era todo lo que podía hacerse.

Stedman saltó por la baranda, y se deslizó por la cornisa, hasta llegar al primer tramo de escaleras exteriores.

Muy pegado a la baranda metálica, empezó a descender. Notaba que el pecho le dolía; era excesivo aquel esfuerzo. El cansancio, el sudor, sus jadeos, su desesperación, se notaban en su gesto; estaba encorvado, atento como una fiera en peligro, Y seguía bajando.

Aún no le habían descubierto. Si pudiera ocultarse en alguno de aquellos pisos...

Y justo entonces, se encendía la luz de un balcón, y su silueta quedaba allí, perfectamente recortada.

Alguien curioso, que debía haber mirado, le vio allí, agazapado. Una mujer que lanzó un estridente chillido; se apagó la luz, y la silueta de Stedman quedó de nuevo a oscuras. Pero sólo por unos segundos, ya que el grito fue lo que permitió a la Policía localizarle con sus linternas.

Y pese a su situación, a que sólo pensaba en sí mismo, Stedman percibió el revuelo policial.

Sí, claro, no llevaba su peluca y la barba...

¡Y ya subían a buscarle!

Encima, además, tenía a los otros policías...

—¡Deténgase! —oyó—. ¡No puede huir!

Rabioso, golpeó unos cristales; los cuales hizo añicos. Alguien gritó.

Quiso entrar saltando, tapándose el rostro con las manos, pero alguien le detenía, desde el interior; era una barra de hierro con la que le empujaban hacia afuera; le golpeaban... Stedman, ya desequilibrado por el miedo, por la desesperación, se aferró a aquella barra de hierro. Pero la soltaron.

Y allí llegó aquel espeluznante grito ronco, que se iba alejando. Stedman, aferrado a la barra de hierro, se precipitaba al vacío.

Dio unas vueltas sobre sí mismo, chocó con tramos de escaleras exteriores, y, por fin, ante la atónita e impresionante mirada de los policías, llegó al suelo.

Las linternas alumbraban aquel rostro.

El inspector Byrnes, con Hal, llegaba corriendo.

—¿Cómo es posible...? —susurraba.

—El estrangulador teniente...

—¿Quién lo entiende?

—Aún vive, teniente. Creo que no debemos perder tiempo en conducirlo a un hospital. Tiene varias fracturas graves...

—¡Pues avisa a una ambulancia! ¡O cargadlo en uno de nuestros coches! ¡Rápido!

Se encendían luces, se veían caras asustadas, curiosas, que trataban de ver algo. Pero a Stedman se lo llevaban ya en un auto, y el teniente Byrnes se dirigía hacia el coche-piloto. Se situó frente a la radio.

—¿Qué hay? —gruñó.

Alguien pronunció unas palabras, y el teniente gritó:

—¿Estás borracho, Eddy?

—En absoluto, teniente...

—Pero eso es imposible.

—Eso creía la gente, señor. Los testigos dicen que todo parecía una broma. Un tanto... sórdida, esa es la verdad. Humor negro. Pero nada de bromas, señor. ¡Es el estrangulador! Al principio, algunos se reían... Llevaba cosido a la chaqueta un letrero: «Soy el estrangulador Entréguenme a la Policía». Bueno, ¿no es de disparate, teniente? Lo llevaba en la espalda... Nadie le hacía el menor caso. Parece un muchacho joven, agradable... Fue en el barrio chino donde se descubrió. Una chica, ya sabes... Creyó que podía ser un posible cliente... Ha estado dos horas sin poder «hablar, a causa del susto; se acercó a él, y. Bueno, que la iba a estrangular; rugía como una fiera... Hasta que la gente se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, y nos llamaron.

—Pero, ¿quién es ese tipo? ¿Cómo se llama? —graznó Byrnes.

—Ni idea, señor.

—¿De veras? ¿A nadie se le ha ocurrido preguntárselo?

—Es que..., no habla. No sabe; sólo gruñe... Parece ahora un animalito atemorizado, en peligro. Ya le ha visto el doctor Spencer y dice que es un sicópata auténtico... Dudo de que podamos averiguar mucho más sobre él. De todos modos, no es el estrangulador al que buscamos. Este es un desconocido...

—Está bien, Eddy, está bien. ¿Dónde está ese sicópata ahora?

—En el Centro Psiquiátrico. ¿Viene a verle?

—Luego.

Cortó la comunicación por radio. Sacudió la cabeza.

—Vamos, Hal —rezongó.

—¿Adónde?

—Veremos primero al estrangulador..., al conocido. ¡Al demonio!

No entiendo una palabra de todo esto.

Hal se puso al volante, y el auto rodaba ya. Mientras el teniente se destrozaba el cerebro tratando de hallar la lógica allí, recibió una nueva llamada por radio.

—Soy Eddy, teniente.

—¿Qué, un nuevo estrangulador? —rezongó Byrnes.

—No, no... Un informe médico sobre el que tenemos en el Centro Psiquiátrico.

—Bien, adelante.

—Le estaban examinando, y el doctor afirma que ese estrangulador no hace mucho, quizá mes y medio, ha sufrido una intervención estética muy seria, profunda; las cicatrices son muy borrosas, pero aún se pueden notar, entre el cuero cabelludo.

—Basta, Eddy, basta, me vas a volver loco...

★ ★ ★

El aspecto de Francis era deprimente. Incluso parecía diez años más vieja.

Allí, encogida en el lecho de la enfermería, tratada con calmantes para evitar sus crisis de gritos.

El teniente Byrnes, con Hal, entró en el cuarto. Se oyó la voz de la enfermera:

—Procure no excitarla mucho, teniente...

—Descuide.

Entraron, Hal cerró la puerta, y el teniente se acercó a Francis.

Esta ni siquiera le reconocía. Podría ser otra mala noticia para ella...

—Soy el teniente Byrnes, *miss* Lytton —dijo el policía. Ella no respondió.

El teniente observó su aspecto.

—¿Sabía usted todo lo ocurrido con Stedman? —inquirió de pronto.

Francis encontró fuerzas para negar con movimientos de cabeza, mientras se estremecía.

—Bueno, lo mismo dijo él... Pero quería cerciorarme, con el fin de concretar la responsabilidad que le incumbe a usted en todo esto, *miss Lytton*.

—¿Dónde..., dónde está...? —susurró Francis.

—Ha muerto.

Ella cerró los ojos.

Luego, los mostró llorosos, dilatadas las pupilas.

—Murió anoche —dijo el teniente Byrnes—. No obstante, antes pudo explicarnos lo ocurrido... Entonces, usted ignoraba todo lo relativo a los Wilshaw... Ignoraba que el estrangulador era un Wilshaw, heredero de una enorme fortuna.

—No sabía nada de eso... Colaboré con Charles en un chantaje, pero... Ignoraba incluso el motivo del chantaje. No sabía por qué pagaba esa mujer, la señora Wilshaw...

—¿Ignoraba que Stedman ha matado a seis personas? Se alteró la respiración de Francis.

Negaba con movimientos de cabeza.

—No sé... Y-yo..., yo me asusté tanto al verle sin caracterización...

Mis gritos nos perdieron...

—No lo crea. Estaban perdidos de todos modos, *miss Lytton*.

—No... No, si yo hubiese reaccionado de otro modo... ¡Pero no pude! Aún..., aún no puedo recordarle sin sentir horror... ¡Nunca podré apartar de mi mente esa pesadilla...! ¡Nunca, nunca...!

—Procure calmarse, *miss Lytton*.

—Ha sido culpa mía... Él tenía razón: un cirujano le hubiese devuelto un rostro normal...

—Quiero que sepa que no es así. En realidad, *miss Lytton*, usted estaba estrechamente vigilada por nosotros.

—No es posible...

—Pero es cierto. Confieso que tenía despistada a toda la Policía mientras permaneció en la pensión de Warsaw... Cometió el error, sin embargo, de utilizar su verdadero nombre. Cuando quiso rectificar, ya era tarde... Nosotros, a raíz de los sucesos de la pensión, la localizamos.

Francis le miraba, incrédula.

—No noté nada... —musitó.

—Por supuesto —dijo Byrnes, esbozando una leve sonrisa—. Tendría que haber sido una experta, y usted no lo es.

—¿Y... le vieron llegar...?

—Vimos llegar a un hombre. Sospechamos que era él, caracterizado. Estuvimos muy desconcertados hasta que él mismo lo explicó todo...

—¿Qué..., qué dijo de mí...?

—No le guardaba rencor, Francis meneaba la cabeza.

—Teniente... ¿qué..., qué ocurrirá conmigo...? —susurró Francis. Byrnes vacilaba.

—No lo sé. Irá a la cárcel, pero no me pregunte más.

Palidísima, llorosa, Francis negaba con movimientos de cabeza. Entonces, ella no había sabido hacer las cosas... La habían hallado, y la vigilaron en todo momento...

Por su culpa se había hundido todo...

—Pobre Charles...

¿Charles? ¿Cómo era su rostro? ¿Cómo, cómo, cómo...?

Sollozó, y se llevó las manos a las sienes. Ella sólo veía al monstruo, al maldito monstruo...

El teniente Byrnes y Hal cambiaron una mirada.

—La dejamos ahora, *miss* Lytton —dijo el teniente—, le recomiendo la máxima serenidad...

Por el pasillo, los dos policías encendieron cigarrillos. Fue Hal quien dijo:

—No la envidio, teniente...

—¿Y quién iba a envidiarla? —gruñó.

—Bueno..., en realidad, lo del juicio, la cárcel... Todo eso, según mi impresión, es lo de menos... Opino que mis Lytton, en lo sucesivo, vivirá con fantasmas en la mente... Dicho de otro modo: tiene un monstruo grabado en el cerebro...

El teniente Byrnes miró a Hal y dijo:

—Coincidimos de lleno, Hal.

—¿Y no es peor que la cárcel?

Se oían, lejanos, los gritos de Francis. El inspector murmuró:

—Mucho peor, Hall... Está a solas con ese monstruo que tiene en el cerebro...

—Y la jugada de la señora Wilshaw fue muy sucia...

—Pagó.

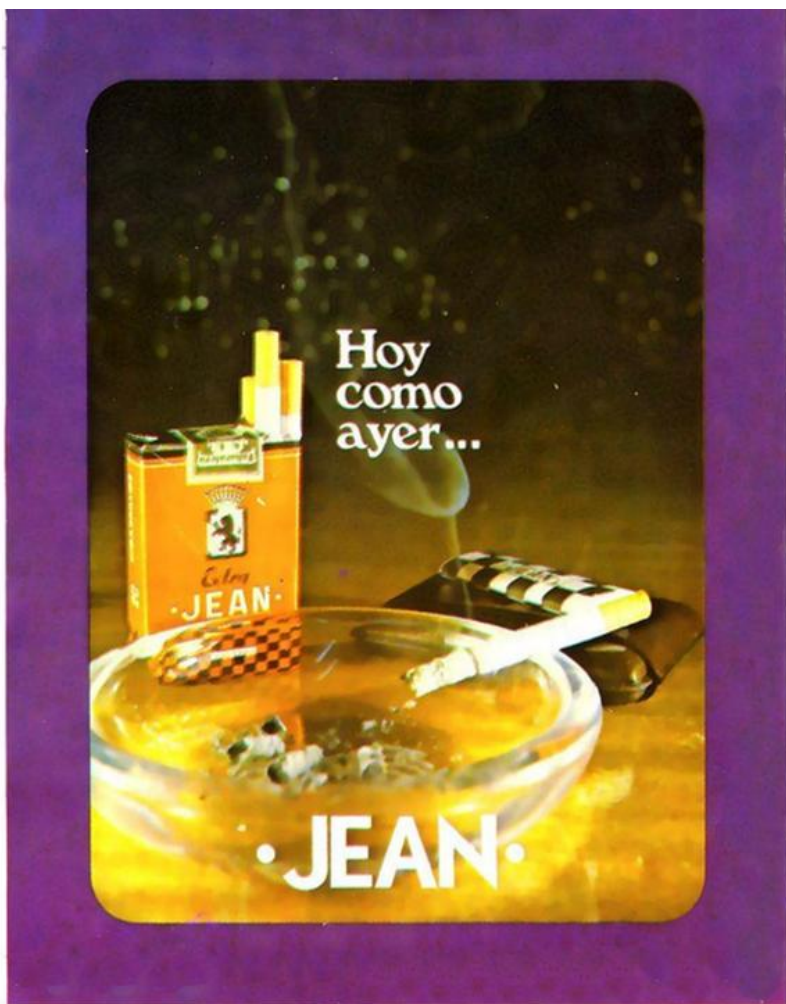
—Pero la Ley...

—Sí, Hal. Habría de ser la Ley. Pero..., sin disculpar a Stedman, dime: ¿cómo contenerse? También le colocaron un monstruo en el cerebro. Y lo que digo: deberíamos ser tipos de piedra; sin sentimientos, sin compasión hacia nada ni nadie... Yo también tardaré bastante en olvidar ciertas cosas...

—Hay quien no lo olvidará nunca, teniente. Se iban.

Pero no se alejaban del monstruo en el cerebro.

FIN



R EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

Concesionarios exclusivos en America: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
2180 S.W. 12 Avenue • MIAMI, FLA. 33129 - USA

12
Ptas.